GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

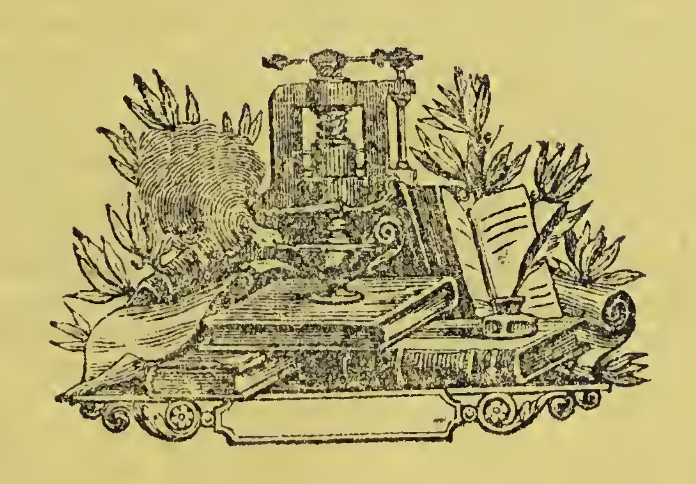
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.
CALLE DE JESUS Y MARIA, n.º 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.*

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar erra
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra ca
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hec
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante pres
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—An
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y ami
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio P
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coqu
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuer
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libr
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borras
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. P
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamient
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualid
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celo
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revol
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon y
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Cont
y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro,
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.-
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—
oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.-
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pe
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ar

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—De
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.-
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios lo
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvar
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don J
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el diner
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casadera
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres p
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—D
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—E
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engaña
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los p
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Español
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un ba
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palacio
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las a
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuc
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisa
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas con
víos.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fo
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de
boda.—Fé, esperanza y osadía.

SANCHO GARCIA.

Nota del autor. Todos los versos que van marcados con esta señal * se suprimieron en la representacion, por evitar pesadez en las escenas á que corresponden y porque la decoracion de la segunda parte del acto segundo se varió, dejándola en un simple subterráneo

SANCHO GARCÍA.

COMPOSICION TRÁGICA EN TRES ACTOS

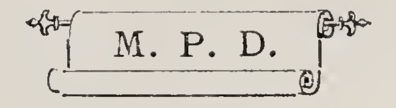
ESCRITA EXPRESAMENTE

PARA EL BENEFICIO DE D. CARLOS LATORRE

POR

D. JOSÉ ZORRILLA.

Esta composicion ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino, en 14 de Julio de 1849.



MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
Sancho García, *conde de Castilla*	SR. LATORRE.
La Condesa viuda, *su madre*	SRA. LAMADRID. (B.)
Hissem-Alamar	SR. LUMBRERAS.
Estrella	SRA. VALERO.
Sancho Montero	SR. ALVERÁ.
Simuel Benjamin	SR. LOPEZ.
Elías	SR. PIZARROSO.
Un caballero.	

CABALLEROS, PAJES, VILLANOS.

La escena es en Búrgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO.

Parque del palacio ó castillo de los condes de Castilla en Búrgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha una puerta que da á las habitaciones del Conde. En la del fondo otra que da á las de la Condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. Enmedio del escenario, un cenador ó kiosko, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Arboles, y es de noche.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA y ESTRELLA.

ESTRELLA. Señora, retirémonos; la noche
es cada vez mas lóbrega y oscura
y os daña la humedad.

CONDESA. Estrella mia,
tanto este sitio mi dolor endulza,
que siempre me apesara y me contrista
abandonar su soledad inculta;
porque siempre que dichas imagino,
tan solo aquí mi corazon las busca.
¿Ves los millares de hojas que en los árboles
al paso de los céfiros susurran?
Pues un recuerdo delicioso, Estrella,
germina en mi memoria cada una.
Si de aura mansa al perfumado soplo
en apagado son, lentas murmuran,
adormecen mis penas, y me tornan
en gozo melancólico mi angustia.
Si ráfaga veloz, con roncas alas
cruza sus ramas y en sus ramas zumba,

responden á su son dentro mi pecho
secretos mil, que mi conciencia anublan.
¡Oh! y tengo tantos, cual menudas hojas
esta enramada soledad fecunda,
tan expuestos al viento como ellas
y como ellas tambien tranquilos nunca.

ESTRELLA. Si humilde lealtad puede esas penas
calmar, en mí depositad algunas,
señora, y si al consuelo se resisten,
al menos de hoy las lloraremos juntas.

CONDESA. ¡Llorar! consuelo de serviles almas
á quien su suerte miserable abruma,
mas ponzoña de nobles corazones
que fieramente con su suerte luchan.

ESTRELLA. ¿Tanto os acosa vuestro mal, señora?
¿No va don Sancho la morisca chusma
do quier venciendo, y la vertida sangre
lava de vuestro esposo con la suya?

CONDESA. Que no suene ese nombre en mis oidos.

ESTRELLA. Perdonad, ya lo sé; sé que á una viuda
que llora un noble esposo, por quien casta
á la mundana vanidad renuncia,
por quien la hermosa faz y esbelto talle
en toscos paños codiciosa enluta,
no deben con inútiles recuerdos
del esposo, aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
cabezas de enemigos en su tumba
las glorias de su padre...

CONDESA. Calla, Estrella,
que tu ignorante lealtad te ofusca.
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero,
al derribar las berberiscas lunas,
el cetro de Castilla de las manos
de su madre arrebata, se le usurpa?

ESTRELLA. ¡Señora!

CONDESA. ¿Y que aunque venza mil batallas,
al cabo vendrá á ser vencido en una?
¿No ves que solo en pelear pensando

de sus pueblos el bien descuida en suma,
la paz, que es solo su fortuna cierta?
Y si sus campos él de sangre inunda,
¿qué pan, Estrella, comerán mañana
los que sus campos á talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora
él la desecha con fiereza estúpida?

ESTRELLA. ¿La aceptaríais vos?

CONDESA. Y de eso trato. (Con prontitud.)

ESTRELLA. ¿Y son tal vez por eso esas nocturnas
visitas que admitís de ese africano?

CONDESA. Ese secreto para siempre oculta
dentro del corazon, Estrella, ó teme
que te abra ante los piés la sepultura.

ESTRELLA. Perdonadme, señora, mas hoy que oigo
de vuestros labios la verdad desnuda,
de mi fiel corazon hoy permitidme
que los ruines temores os descubra.

CONDESA. (¡Qué es lo que va á decir!) Dí.

ESTRELLA. Creí un tiempo
que un amor encerraba esta aventura....

CONDESA. ¡Necia!

ESTRELLA. Mi inexperiencia me disculpe;
mas hoy que cesa tan villana duda
y hallo la causa del secreto trato,
gozo leal el corazon me inunda.

CONDESA. ¡Ea, ya basta! ¿De García Hernandez,
la viuda altiva, por la llama inmunda
se abrasara de un moro? Tal vileza
cabe no mas en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
y eterna sombra mi secreto cubra:
y aquí quiero advertirte, Estrella incauta,
que los hondos proyectos que se anudan
dentro de los palacios en secreto,
son ¡vive Dios! mortífera cicuta
para aquellos que, necios ó traidores,
dentro del corazon no los sepultan.
Conque si has de vivir hoy mas, Estrella,

este guarda en el tuyo, y no descubras,
ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama
á quien el moro por la noche busca.
¿Qué ruido es ese? (Ruido á lo lejos.)

ESTRELLA. Que se acerca el Conde,
y el pueblo al retirarse le saluda.
Todo Búrgos le adora.

CONDESA. Sí, ahora vence;
mas, ¡ay del Conde si los moros triunfan!

VOZ. (Dentro.) ¡Viva el Conde don Sancho!

PUEBLO. (Idem.) ¡Viva!

VOZ. (Idem.) ¡Viva
el vencedor del moro!

PUEBLO. (Idem.) ¡Viva!

VOZ. (Idem.) ¡Viva
nuestro ángel tutelar!

PUEBLO. (Idem.) ¡Viva!

ESCENA II.

Entra EL CONDE por la puerta del parque que figura dar al campo, precedido de DOS PAJES con hachones, y seguido de SANCHO MONTERO, y varios CABALLEROS y VILLANOS que le aplauden.

CONDE. (A los villanos.) Apartaos,
basta de aplausos ya, bravos pecheros;
gracias, y retiraos.
Y vosotros, mis fieles caballeros,
idos tambien con ellos, y aprestaos
á descansar, que acaso en breves horas
os llamarán las trompas y atabales
para salir contra las huestes moras.

UN CAB. Todos, señor, saldremos
y con vos venceremos,
ó moriremos junto a vos leales.

CONDE. Gracias, así lo espero; idos ahora,
que en vos segura mi esperanza estriba.

UNO. ¡Viva el conde don Sancho!

OTROS. ¡Viva!

TODOS. (Saliendo de la escena.) ¡Viva!

ESCENA III.

EL CONDE, al volverse, cuando los suyos se alejan, ve á LA CONDESA.

CONDE. Dios vele sobre vos, madre y señora.
CONDESA. Contigo venga, victorioso Conde.
CONDE. ¿Tan tarde y en el parque todavía?
CONDESA. Aun no lo es tanto.
CONDE. (Aparte.) (¿Qué misterio esconde
su inquietud y su gran melancolía?)
(A Sancho.)
Sancho, lejos mis órdenes espera.
(A Estrella.)
Y aparta tú tambien, que á solas quiero
con mi madre quedar.
CONDESA. (Con desden.) La vez primera
en muchos dias es.
(Vánse Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar á las habitaciones del Conde. Ella por la del fondo, que da á las de la Condesa.)

ESCENA IV.

LA CONDESA y EL CONDE.

CONDE. ¿Puede un guerrero
disponer de los suyos á su antojo?
¿Puédolos yo emplear en la ternura
cuando del moro el temerario arrojo
provoca mi arrogancia y mi bravura?
Madre, ya lo sabeis; la tierra tinta
aun con la sangre de mi padre humea.
CONDESA. Tal verdad en tu rostro el duelo pinta;
mas ¿quién causó la desigual pelea?
CONDE. No, madre, no me hagais tamaña injuria;
si errores juveniles me arrastraron
de mi buen padre á provocar la furia,
con mi llanto y mi sangre se lavaron.
Fuí rebelde un momento; ¡ah! lo confieso
con dolor; mas tambien desde aquel punto
fué mi vida ejemplar; y fué por eso
al honor de mi padre mi honor junto.

Mi pueblo olvidó ya las inquietudes
que un tiempo le causé; yo le dí gloria,
y hoy aplaude su prez y sus virtudes
porque vive en su hijo su memoria.
Todo es hoy para mí, dicha, esperanza.
y todos hoy mis triunfos victorean.
¡Solo á mi madre mi placer no alcanza.
y mi gloria sus lágrimas afean!
Decidme, ¿qué anhelais? ¿Qué hay en la vida
que el enarcado ceño os desarrugue?
¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre querida,
que vuestro llanto interminable enjugue?

CONDESA. La paz.

CONDE. ¿La paz? Pues bien, por ella lidio:
por esa paz consoladora y bella,
que para vos, para mi pueblo envidio.

CONDESA. Pues bien, el moro te brindó con ella.

CONDE. ¡Con una paz vendida á peso de oro!
¡Con vergonzosa paz, ruin y traidora!
¡Con esa paz que me propone el moro
porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no: yo venzo; cada dia
ensancho mas y mas nuestras fronteras;
su tierra tiembla en la presencia mia,
y huye espantada su canalla impía
á la sombra no mas de mis banderas.
Por eso paz y treguas me proponen;
temen que mi valor los acorrale,
y en la paz se aperciben y disponen
á que otra vez la suerte nos iguale.
No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
aquí ni allí; cuando vencidos sean,
cuando haga yo con sus tostadas pieles,
con sus lenguas que injurian y bravean
los frenos adobar á mis corceles,
esa paz les daremos, que desean.
¡En tanto, madre, seamos los mejores:
ó todo ó nada, ó siervos ó señores!

CONDESA. Siervos, nada tal vez: ¿ellos acaso

no tienen armas, gente, capitanes?
Si el terrible Almanzor te gana un paso,
¿qué valdrán tu valor y tus afanes?
Todo ó nada, á su vez te dirán ellos;
todo ó nada, y metiendo sus caballos
por medio de tus míseros vasallos,
sus cimitarras segarán sus cuellos.

CONDE. Mi padre fué por vos á tierra extraña,
y es natural que ajena aquí en Castilla,
(Con frialdad.)
sintais temor por nuestra noble España;
mas no la conoceis: no es maravilla.

CONDESA. Pero conozco el mundo y la fortuna,
que lo trastorna todo, y será un dia
en que triunfe tal vez la media luna.

CONDE. ¡Tened, por Dios, la lengua, madre mia,
si ha de ser de enemigos abogada!
¿Qué esperais de esa paz? ¿Qué de los moros?
¿Os seducen tal vez de su embajada
los soberbios presentes y tesoros?
Esperad unos dias, y tras ellos
vereis cuál para vos mi gente alcanza
presentes de mas prez, mucho mas bellos,
ganados á los botes de su lanza.
Esas serán de vos dignas preseas;
no las de que ellos alabarse pueden
de que á fuer de limosnas nos las ceden
por ser de su tesoro las mas feas.
¡En la viuda de un Conde de Castilla,
tan mezquina ambicion siempre es mancilla!

CONDESA. Deber es de una noble castellana
del sumiso enemigo oir el ruego.
Perdonar es virtud muy soberana,
mas grande el vencedor se ostenta luego.

CONDE. Madre, no sé qué arcano misterioso
esa tenaz intercesion encierra;
no comprendo ese empeño vergonzoso
de interrumpir las glorias de esta guerra.
No lo comprendo, madre mia; y juro

que la paz del espíritu me quita
el ver que cada triunfo que aseguro
os entristece mas, mas os irrita.
Mas os juro tambien que es ruego vano;
sí, mientras reine yo, para esos perros
labrará solo el pueblo castellano
lanzas agudas y pesados hierros.

CONDESA. ¿Mientras que reines tú? ¡Mancebo loco!
¿Y á qué llamas reinar? ¡A andar talando
tus propias tierras; á tener en poco
los ruegos de tu madre, que llorando
los dias y las noches tus deslices
pasa, viendo sus pueblos infelices!

CONDE. Madre, bien veo que el frecuente trato
que os permito con moros y extranjeros
el corazon os mina; sin recato
andan por Búrgos ya con hartos fueros
de mal hijo tachándome y de ingrato,
deslumbrando á mis fieles caballeros;
y ¡por Dios! que de tanta villanía
la culpa tiene la indulgencia mia.

CONDESA. Eso es, ensalza, ensalza tu indulgencia,
tu generosidad, cuando me tienes
en triste y vergonzosa dependencia,
cual cautiva tomada por rehenes.

CONDE. ¡Señora!

CONDESA. Sí, cerrada en tu palacio.

CONDE. ¿No recibís en él, y en mengua mia,
con toda libertad, con todo espacio,
cuantos quereis de su caterva impía?

CONDESA. A cualquier desterrado se permiten
amigos de afliccion.

CONDE. ¿Quién son los vuestros,
madre? ¿Quién son los que ante vos se admi- [ten?

CONDESA. De ciencias y artes, hábiles maestros.

CONDE. Y acaso en ellas demasiado diestros.

CONDESA. Los que mi pobre espíritu iluminan,
los que endulzan un poco mis pesares.

CONDE. Sí, y los que vuestro espíritu alucinan

y os llevan del error á los altares;
los que os dan ambicion, los que os dominan.

CONDESA. Sí, porque saben mas que el vulgo necio,
porque ahonda los misterios mas sombríos
su alta ciencia.

CONDE. (Con desden.) ¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

CONDESA. Y yo no, los atiendo, los escucho,
y aprendo de ellos.

CONDE. ¡Y con frutos grandes!
Mas de Búrgos saldrán antes de mucho.

CONDESA. No bastará tal vez que tú lo mandes.

CONDE. ¡Madre!

CONDESA. Basta; será lo que te digo.
Ya me harto de sufrir tu dependencia;
tu madre soy, y reinaré contigo.

CONDE. Reinad si lo quereis, reinad si os place:
de todo disponeis; en nada coto
os he puesto jamás; todo se hace
cual quereis en mi casa; vuestro voto
para todos es ley, madre y señora.
Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;
cual lo habeis hecho siempre, hacedlo ahora;
mas hombre soy, dejadme á mí la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;
vos derrochadlos; mas en tiempo alguno
me rogueis por judíos ni por moros,
porque jamás amar podré á ninguno.

CONDESA. ¿Con que ese embajador?...

CONDE. Se irá mañana.

CONDESA. ¿Y se irá sin respuesta?

CONDE. Sin ninguna.

CONDESA. Pues yo, Conde, tambien soy soberana,
y voy á darle por mi parte alguna.
Quiero á lo menos ser mas cortesana
con quien á mí somete la fortuna.

CONDE. ¿Los vais á recibir?

CONDESA. Sí, ya lo he dicho.

CONDE. Madre, Dios os perdone tal capricho.

ESCENA V.

EL CONDE.

¡Oh, me traspasa el corazon desvío
tan injusto y tenaz! ¿Cuándo con ella
fuí rebelde ni ingrato? El reino mio,
mi decoro, mis leyes atropella.
¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,
de tu mano implacable la honda huella
conozco en su altivez! Mi madre ahora
es de mi antiguo error la vengadora.
Tal vez para mi padre fuí mal hijo,
y es mala madre para mí: ya veo
tu justicia, ¡gran Dios! y mas me aflijo
cuanto mas recta tu justicia creo.
¡Ay, yo me empeño con afan prolijo
en prevenir su gusto, su deseo;
la preparo aun á costa de mi afrenta,
y ella me contraría y me atormenta!
¡Oh, y ese afan en pró de la morisma,
ese favor con que al judío acorre,
en una sima de pesar me abisma!
Sangre extranjera por sus venas corre...
Esta idea fatal... siempre la misma!
¡De la mente no sé cómo la borre;
y aunque el nombre de madre me la espanta,
siempre tras de mi madre se levanta!
¡Oh, triste vida; miserable vida
la vida en los palacios condenada
á pasar en recelos consumida
y por ruines sospechas desgarrada!
Ruin destino á los príncipes acuida;
polvo es su orgullo, su grandeza nada,
colgado del dosel de su grandeza
hay un puñal que amaga su cabeza!
En fin, alerta vivamos
los que á gobernar nacimos,
los que á ser señores y amos

de otros condenados fuimos,
velemos, no los perdamos.
¡Montero!

ESCENA VI.

EL CONDE y SANCHO MONTERO.

SANCHO. Señor.
CONDE. Ya es tarde,
vámonos á recoger,
y mañana muy temprano,
Sancho, á despertarme ven.
SANCHO. ¿A qué hora?
CONDE. Al rayar el alba:
un asunto de interés
quiero encargarte, y es fuerza
que te enteres antes de él.
SANCHO. Señor, nací vuestro súbdito,
de cuanto soy disponed.
CONDE. Mañana, Sancho: descansa
de aquí hasta el amanecer.
SANCHO. Descuidad, rayando el alba
á vuestra puerta estaré.
CONDE. Y no ha de perarte de ello
si me sirves franco y fiel.
SANCHO. Los del Valle de Espinosa
jamás rompieron su fe.
CONDE. Por tu lealtad, Montero,
te escogí yo, vamos pues. (Entran.)

ESCENA VII.

ESTRELLA, por la puerta del fondo.

Gracias á Dios que se fueron.
Temiendo estaba, pardiez,
que el otro viniera, y ellos
la seña oyeran tambien:
y entonces, ¡Dios nos ampare!
¿Qué iba de todos á ser?

¿Cómo tolerara el caso
de don Sancho la altivez?
Tiemblo con solo pararme
en pensamiento tan cruel.
¡Y yo, necia, que creia
con tan sándia candidez
que ese moro era un galan!
¿Quién tal pudiera creer?
¿La Condesa de Castilla,
matrona de tanta prez,
en una aficion tan ruin
desatentada caer?
Pobre de mí, que en el Valle
de Espinosa, mi niñez
pasé en sencillez inculta!
¿Qué de los palacios sé?
¡Oh, perdónenme los cielos
tan injurioso creer!
Perdóneme mi señora,
pues de sencilla pequé.
¡Ea! El desliz enmendemos
con más severa estrechez
obedeciendo sus órdenes,
vasalla suya nacer
fué mi suerte, y ser me cumple
para mis señores fiel.
En atalaya me pongo
á su señal á atender. (Se sienta.)

ESCENA VIII.

ESTRELLA, SANCHO MONTERO, con recato, por la puerta de la derecha.

SANCHO. No la he visto en todo el dia,
y los ojos no sabré
pegar en toda la noche
si no la veo una vez.
¡Oh, la quiero con el alma!
¡Cuán bella y cándida es!
No tengo otro pensamiento.

Esta es su ventana; haré
la seña con tiento... ¡Estrella! (Llamando.)

ESTRELLA. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es él!

SANCHO. Estrella, ¿qué haces aquí?
¿Por qué de tu cuarto dentro
á estas horas no te encuentro?

ESTRELLA. (¡Temblando estoy, ay de mí!)

SANCHO. Responde, Estrella, responde.
¿Por qué en tu cuarto no estás?

ESTRELLA. ¿Y tú, Sancho, adónde vas?

SANCHO. ¿Dónde voy, Estrella? ¿Dónde
iré cuando en todo el dia
no he logrado un solo instante
ver el sol de tu semblante?

ESTRELLA. ¡Es cierto, Sancho!

SANCHO. ¡Alma mia!
sin verte no sé vivir,
qué fuera vivir sin ver;
tú, Estrella mia, has de ser
la estrella que he de seguir.
Sin tí no tengo valor
ni me siento con paciencia
para sufrir la existencia
que no ha de dorar tu amor.

ESTRELLA. Sancho mio, yo tampoco
vivir un dia pudiera
sin la esperanza hechicera
de tu amor.

SANCHO. Yo tengo en poco
sin tí todo el mundo, Estrella;
la mas santa obligacion,
si lucha en mi corazon
con tu fe sucumbe á ella.
Si fuera posible en mí
luchar lealtad y amor,
entre tu fe y mi señor
quedára el campo por tí.

ESTRELLA. ¡Sancho!

SANCHO. ¡Oh! esto es suponer:

porque oposicion no hallo
entre el galan y el vasallo,
entre el amor y el deber.
Amo al Conde como debo,
te amo á tí con cuanto soy;
con él á la muerte voy
y á tí en el alma te llevo.
¿Mas qué zozobra te asalta?
¿Estás inquieta? ¡ah! sospecho
que en venir á verte he hecho
sin duda, Estrella, una falta.

ESTRELLA. No, no, Sancho mi mayor
placer es verte, es hablarte;
entristecerte, enojarte
mi mas íntimo dolor.

SANCHO. Pero tu mano en las mias
tiembla, sí, vagan tus ojos
sin cesar... ¡Estrella!

ESTRELLA. Enojos
aparta, Sancho, y manías.
¿No me conoces? ¿No sabes
que con el alma te quiero?
¿No sabes que te prefiero
á los negocios mas graves?
No hay cosa que tú me indiques
en que yo no te complazca;
manda, haré cuanto te plazca.

SANCHO. Mando que te justifiques.

ESTRELLA. ¿De qué?

SANCHO. ¿A qué sales aquí
á hora tan extraña, Estrella?

ESTRELLA. ¡Ay Sancho, los labios sella
si me han de injuriar así!
Casi á un tienpo hemos nacido,
juntos nos hemos criado,
niños nos hemos amado,
hermanos siempre hemos sido.
¿Y despues dudar de mí?

SANCHO. ¡Ay Estrella, qué sé yo!

ESTRELLA. ¿Quieres injuriarme?
SANCHO. ¡Oh, no!
ESTRELLA. ¿Mas estás celoso?
SANCHO. ¡Oh, sí!
ESTRELLA. ¿Celoso, Sancho? ¡En verdad
que no lo estás con razon!
SANCHO. Estrella, hace el corazon
de las sombras realidad.
Y este parque solitario,
esta hora tan avanzada,
esta noche tan cerrada...
¡ay! si un juicio temerario
me impelieron á formar,
confiesa que hallé razon.
ESTRELLA. Pues bien, los celos depon.
Yo te juro...
SANCHO. ¿A qué jurar,
falsa, lo que en este instante
está todo desmintiendo?
¡Ay Estrella, ya lo entiendo,
eres mujer, é inconstante!
Las costumbres de palacio
tus costumbres corrompieron,
acaso te sedujeron....
ESTRELLA. Sancho, habla con mas espacio,
que estás hablando de mí:
y aunque no nací condesa,
conservaré siempre ilesa
la honra conque nací.
Si ahora en este parque estoy,
bástete, Sancho, saber,
que ni falto á mi deber,
ni me olvido de quien soy.
SANCHO. Pues bien, entonces, Estrella,
¿Qué secreto es el que guardas
que así en mostrármelo tardas,
si tus juramentos sella?
¿Temes, amándote yo,
fiar tu secreto en mí?

¿No fias de Sancho?
ESTRELLA. ¡Oh, sí!
SANCHO. Pues bien, descúbrele.
ESTRELLA. ¡Oh, no!
SANCHO. ¿Estrella, y qué suponer
de ese silencio?
ESTRELLA. Que callo
porque cabe en el vasallo
el amor con el deber.
Espera, Montero, un dia
y todo lo entenderás.
SANCHO. ¿Todo me lo explicarás?
ESTRELLA. ¡Sí, todo, por vida mia!
SANCHO. Entonces, Estrella, fio
en tí, aunque llevo recelos....
ESTRELLA. No volvamos á los celos.
SANCHO. ¡Ah! no está eso en poder mio.
ESTRELLA. Vete, pues, Sancho, que es tarde.
SANCHO. Vóime, Estrella, hasta mañana,
porque en hora muy temprana
fuerza es que el Conde me aguarde.
Adios.
ESTRELLA. Adios. (Suenan dos palmadas.)
SANCHO. Mas, ¿qué es eso?
Estrella, eso es un aviso.
Es una seña, preciso.
ESTRELLA. Seña es, Sancho, lo confieso.
SANCHO. Pues bien, si á satisfacer
mis celos dispuesta estás,
déjame abrir.
ESTRELLA. Sancho, atrás.
SANCHO. ¡Estrella!
ESTRELLA. No puede ser.
Pues que Dios lo quiere así,
todo el secreto sabrás,
mas á ese hombre no verás.
SANCHO. ¡Ah! ¿con que es un hombre?
ESTRELLA. Sí.
mas no soy yo quien le espera,

ni á quien él busca soy yo.
SANCHO. Falsa mujer, ¿cómo no,
si estás de tu cuarto fuera?
ESTRELLA. ¿Y no hay nadie en el palacio
que pueda mandarlo así?
SANCHO. ¡La Condesa!
ESTRELLA. Sancho, sí.
SANCHO. No sé cómo tengo espacio
para escuchar de tu lengua
tal falsedad, tal mancilla.
¿La Condesa de Castilla
puede obrar con tanta mengua?
No; y eso es crímen mayor
que tu antigua falsedad.
¿Ella tanta liviandad?
¿Ella tan infando amor?
ESTRELLA. No, Sancho, este es el secreto;
la Condesa admite á un hombre,
mas de esa accion no te asombre,
no es el amor el objeto.
SANCHO. En un laberinto, Estrella,
me metes de confusion;
si no es una vil pasion,
¿qué quiere ese hombre con ella?
ESTRELLA. ¡En los palacios, Montero,
no hay mas secretos, mas citas
que de amor!
SANCHO. Dar necesitas
satisfaccion por entero.
El secreto que tú guardes
tambien yo guardar podré,
pero al par acecharé
las trazas de los cobardes.
Estrella, yo veré á ese hombre.
ESTRELLA. ¡Sancho!
SANCHO. Es mi resolucion;
oiré su conversacion,
y sus señas y su nombre
tomaré, y si es nimiedad

mujeril, será un secreto;
mas si hay en ello otro objeto
primero es mi lealtad.

ESTRELLA. ¡Ah Sancho mio! ¡Por Dios,
retírate! ve lo que haces.

SANCHO. Solo así me satisfaces;
oyéndolos yo á los dos.

ESTRELLA. ¡Imposible!

SANCHO. Elije pues;
ó los oigo de este modo,
ó abro arrostrando por todo
y nos perdemos los tres.

ESTRELLA. No puedo con tal rigor:
sea, Sancho, como quieres,
porque al cabo en las mujeres,
lo primero es el amor.
Ocúltate. (Vuelve á sonar la seña.)
A abrirle voy.
(Estrella va á abrir la puerta falsa.)

SANCHO. Tal vez mi deber traspaso,
mas yo sabré en todo caso
portarme como quien soy.
(Se esconde Sancho en el cenador.)

ESCENA X.

ESTRELLA, HISSEM, SANCHO, oculto.

HISSEM. Esclava, tarda has andado:
¿dormias?

ESTRELLA. No, infiel.

HISSEM. ¿Qué hacias,
pues, que á abrirme no venias?
¿No ves que si hubieran dado
que en esa puerta á esta hora
á que abrieran acechaba?...

ESTRELLA. Perdonad.

HISSEM. Despacha, esclava,
condúceme á tu señora.

ESTRELLA. Voy á avisarla.

SANCHO. (Aparte.) ¡Dios mio!

¡Por cuanto valgo que ignoro
si estoy soñando! ¡Es un moro!

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, ESTRELLA, SANCHO, *oculto.*

HISSEM. ¡Sultana mia!
CONDESA. ¡Hissem mio!
SANCHO. (¡Cielos! ¿Es esto ilusion?
Escuchemos.)
CONDESA. (*A Estrella.*) La escalera
cuida, Estrella, desde fuera,
y encaja bien el porton. (*Váse Estrella.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA, HISSEM, SANCHO, *oculto.*

CONDESA. Hissem, ya estamos solos. Harto oscura
la noche está, y seguros nos hallamos
á favor de esta lóbrega espesura.
HISSEM. Díme, sultana, pues: ¿en qué quedamos?
¿Cede el Conde?
CONDESA. No cede.
HISSEM. ¿El ruego, el oro,
nada podrán con él?
CONDESA. Nada: es en vano
ofrecer y rogar; no puede el moro
mas que guerra esperar del castellano.
HISSEM. ¡Guerra!
CONDESA. Implacable, sin cuartel, sangrienta.
HISSEM. ¿No oye, pues, mi embajada?
CONDESA. No; mañana
te arrojará de Búrgos.
HISSEM. ¡Tal afrenta!
¿Y tú tambien sucumbirás, sultana,
á su ciego furor? ¿Tantas vigilias
de afan han de perderse en un momento?
¡Por siempre nos aparta, y no me auxilias,
y no te opones con osado aliento

y le dices: ¡Atrás! !Llegó mi hora,
yo soy aquí tu madre y tu señora!

CONDESA. ¿Con qué poder, Hissem?

HISSEM. Con tu arrogancia.
¿No hay Consejo, no hay pueblo á quien que-
[jarte,
á quien decir en Búrgos que en tu estancia
te guarda sin cesar, y ni asomarte
te permiten sin su órden á tus rejas,
que de hijo tuyo en vez es tu tirano?

CONDESA. Y eso es mentira, Hissem.

HISSEM. Vulgo villano
siempre habrá pronto para oir tus quejas.

CONDESA. O no le habrá; ese vulgo en quien confias
le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas:
celebra su valor todos los dias
con doble afan, que en esperanzas locas
de triunfos le adurmió; y botin, tesoros
espera de esa lid contra los moros.

HISSEM. ¡Y espera con razon, pese á Mahoma!
Lanzados mas allá de sus fronteras
les parece que el mundo se desploma
sobre ellos, divisando sus banderas.
¡Cobardes en España, envilecidos
de su raza y valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
le envian sus tesoros mas preciados
para pedir la paz... y si ahora mete
ese Conde sus huestes vencedoras
por nuestra tierra audaz y la acomete,
¡ay desdichadas de las lanzas moras!
¡ay desdichado nuestro afan, sultana!
¡Yo tan amante y tú tan altanera,
tú quedarás en Búrgos prisionera,
y á mí de Búrgos me echarán mañana!

CONDESA. ¡Y tres años, Hissem, tres largos años
de cautiverio por mi amor sufridos;
tres años, sí, de cábalas y amaños,
de zozobras y crímenes!

HISSEM. Perdidos.
Jamás, jamás á vernos volveremos.
Yo sin tí, tú sin mí, sin esperanza,
uno de otro enemigos, moriremos.

CONDESA. Nunca; á tal sacrificio no, no alcanza
mi vil resignacion. Aun tengo amigos,
Hissem, sajones, árabes, franceses,
que temen de don Sancho los castigos,
y apoyan mi faccion, mis intereses.
Sí, tu embajada, ¡pese á su arrogancia!
en mi cámara propia, á medio dia,
yo mañana oiré: nadie en mi estancia
á tí ha de osar á la presencia mia.

HISSEM. (Con desden.)
Y él al mismo dintel de tu aposento
cautivos nos hará.

CONDESA. Y saliera caro
al Conde tan osado atrevimiento
al recibiros yo bajo mi amparo.

HISSEM. Inútil razonar, la fuerza es suya,
tú lo has dicho; hay un medio solamente
que su poder y su furor destruya.

CONDESA. ¿Cuál es?

HISSEM. Que yo me aleje prontamente,
y á mis reyes de Córdoba y Sevilla
á tí como mi esposa te presente,
y tributaria de ellos á Castilla.

CONDESA. ¡Hissem!

HISSEM. Entonces con doblado brío
nos enviarán cohorte numerosa:
tuyo será el condado; y tuyo y mio,
reina serás, y libre y poderosa.

CONDESA. ¿Yo mi fe he de abjurar? No.

HISSEM. ¡Ruin reparo!
Se cede al sevillano un pié de tierra,
y otro pié al cordobés; con nuestro amparo
en nuestros pueblos cesará la guerra;
y mirando de entrambos al decoro,
cristiana vivirás, viviré moro.

CONDESA. Jamás, Hissem, jamás.

HISSEM. ¡Tarde, traidora,
te llego á conocer!

CONDESA. ¿Moro, qué dices?

HISSEM. ¿Qué fué tanta promesa seductora?
¿Tantos augurios de tu amor felices?
¡Y qué me amabas sin cesar decias;
que apreciabas los riesgos, los azares
que por tí arrostré intrépido: mentías!

CONDESA. Nunca, Hissem, osaré hasta mis altares.

HISSEM. ¿Qué entiendes tú de amor? ¡Necia cristiana
de corazon cobarde! ¿Qué comprendes
de esa pasion que por tan firme vendes,
solo capaz de una ánima africana?
Tres años te serví como cautivo,
mi valor y mi orígen olvidando;
tres años que por tí sin honra vivo;
tres años ¡necio! que te estoy amando;
y mi fe y mi pasion no te pondero
cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
tal firmeza en tan bravo caballero,
¿cómo me pagas tú? ¡Ah, que vas infiero
á reprocharme aun mil beneficios!

CONDESA. Sella, bárbaro Hissem, sella la boca;
tus palabras son fuego, maleficios
para mi corazon, me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al Conde
mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,
cuanto emprendí y fragüé no te se esconde:
¿y me llamas cobarde? Pues bien, moro,
habla: ¿qué quieres de mi amor? Responde:
cuanto quieras haré, porque te adoro.

HISSEM. Abre un sepulcro.

CONDESA. ¿A quién?

HISSEM. ¿No lo adivinas?

CONDESA. ¡Me horrorizas, Hissem!.

HISSEM. De otra manera....

CONDESA. ¿Otro crímen aun?

HISSEM. Tú no imaginas

cuánto te importa que primero muera.
CONDESA. Jamás.
HISSEM. Piénsalo bien.
CONDESA. Basta con uno.
HISSEM. ¡Miserable de tí! Cavas tu tumba.
CONDESA. Medios hay....
HISSEM. No, sultana, no hay ninguno;
todos tu pertinacia los derrumba.
CONDESA. Nunca.
HISSEM. Piénsalo bien, que es tu destino,
que lo dice tu horóscopo.
CONDESA. ¡Qué dices!
HISSEM. No; los dos no cabeis por un camino,
y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!
hundiros uno á otro es vuestro sino.
CONDESA. ¡Sueñas, Hissem!
HISSEM. ¡Oh torpe rebeldía!
¿No hay conjuros, cristiana, no hay encantos
que vierten luz sobre el futuro dia,
y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?
CONDESA. No los hay en mi fe.
HISSEM. Mas sí en la mia,
y los he consultado.
CONDESA. (Con espanto.) ¿Y eso dicen?
HISSEM. Eso; y de nó los astros nos maldicen.
CONDESA. ¿Y es cierto? ¡Horror!
HISSEM. Tú misma verlo puedes.
CONDESA. ¿Cómo?
HISSEM. ¿Crees en la ciencia?
CONDESA. Sí.
HISSEM. El conjuro
ante tí á hacerse volverá.
CONDESA. ¿Seguro?
HISSEM. Cierto, infalible.
CONDESA. Quiero verlo.
HISSEM. ¿Y cedes
convencida una vez?
CONDESA. Sí, te lo juro.
HISSEM. Mañana, pues, al despuntar del alba

baja á la gruta en que Simuel habita:
mi esclavo estará aquí, llegarás salva;
y el fatal porvenir que nadie evita
á tus ojos pondrá el israelita.

CONDESA. Iré.

HISSEM. ¿Tendrás valor?

CONDESA. Sí.

HISSEM. Pues mañana
tu destino sabrás, y á eleccion tuya
muerta en Búrgos serás ó soberana.

CONDESA. Hable el destino y la eleccion es suya.

HISSEM. Piénsalo.

CONDESA. Iré; vé en paz.

HISSEM. Adios, sultana.

ESCENA XIII.

LA CONDESA y SANCHO, oculto.

CONDESA. Iré, sí. Mas, ¡ay Dios! que se extremece
medroso el corazon.... Ese judío
ante quien claro el porvenir parece,
¿de quién recibe su poder? ¡Impío!
Mas sus negros conjuros obedece
el destino en verdad; ¡oh! ábrase el mio;
y aunque el misterio horrendo me horripila,
penetrarle sabré fiera y tranquila.

ESCENA XIV.

LA CONDESA y ESTRELLA.

ESTRELLA. ¡Señora!

CONDESA. ¿Qué?

ESTRELLA. De aquí partamos: ruido
de pasos percibí por la escalera
del Conde, y distinguir me ha parecido
su sombra atravesar tras su vidriera.

CONDESA. Gente acaso en el parque habrá sentido,
y desvelado está.

ESTRELLA. Si aquí nos viera....

CONDESA. En tan lóbrega noche no es creible
que vió desde el balcon.
ESTRELLA. Todo es posible,
señora.
CONDESA. Vamos pues.
ESTRELLA. (¡Ay! ya respiro,
pues libre á Sancho de sus ojos miro.)

ESCENA XV.

SANCHO MONTERO, luego EL CONDE.

SANCHO. Mis ojos lo miraron, mis oidos
lo oyeron, y lo dudo todavía.
No, no es fascinacion de mis sentidos,
no es ilusion de loca fantasía,
(Asoma el Conde y se le acerca.)
es la increible realidad. Vendidos
á los moros están.... ¡Por vida mia
que el ser madre y condesa no la salva
de que lo sepa el Conde antes del alba!
A despertarle voy; ahora, sí, al punto
á decirle: «don Sancho, levantaos,
el mundo está contra nosotros junto:
del sitio en que piseis aseguraos,
del aire que aspireis, ó sois difunto,
fermenta la traicion como en un caos
en vuestra propia casa....» ¡Oh, yo estoy loco!
Voy.... todo el tiempo me parece poco.
(El Conde, que ha venido á colocarse tras él saliendo de palacio, le detiene diciéndole:)
CONDE. Gracias, Sancho.
SANCHO. (De rodillas.) ¡Señor!
CONDE. ¡Silencio! Todo
lo escuché desde allí, todo lo he visto.
¡Pluguiera á Dios que no!
SANCHO. (Con afan.) ¡Ah, de ese modo!...
CONDE. (Interrumpiéndole.)
Tu lealtad conozco.
SANCHO. (Idem.) Mas por Cristo,

señor, que comprendais....

CONDE. (Interrumpiéndole.) ¡Sancho, silencio!
De la idea que oculta aquí reside
solo á Dios que la alcanza damos cuenta,
tan solo el confesor cuenta nos pide;
de palabras que al hombre dan afrenta
justo es que el afrentado nos las pida,
y la afrenta se lava con la vida.

SANCHO. Señor, para arrancármelas del pecho
si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!
cien lanzas abrirán camino estrecho.

CONDE. Solo así, Sancho, vivirás seguro.

SANCHO. Será.

CONDE. No te lo digas ni á tí mismo;
á esa idea de escándalo y de mengua
dentro del corazon abre un abismo,
que no suba jamás hasta tu lengua.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Antecámara de la habitacion de don Sancho. Decoracion de una sola casa. Puerta en el fondo á un lado.

ESCENA PRIMERA,

SANCHO MONTERO.

Tiempo es ya de despertarle,
que está vecina la aurora,
y quiero de sus encargos
darle una respuesta pronta.
¡Ay! desdichados mil veces
los que en alcázares moran
arrastrando una existencia
que tantos duelos acosan!
¡Pero qué es eso! Alguien sube
por el caracol... zozobras
el ruido menor me causa
desde que sé... (Llaman con precaucion.)
Pero tocan
en esa puerta. ¿Quién?

ESTRELLA. (Dentro.) ¿Sancho?

ESCENA II.

SANCHO y ESTRELLA.

SANCHO. ¡Qué oigo! (Abre.) ¡Estrella, tú á estas horas!...
¿Qué quieres?

ESTRELLA. ¡Ay, Sancho mio,
qué noche tan espantosa!

SANCHO. ¿Qué es lo que dices, Estrella?

ESTRELLA. ¡Sancho, por Nuestra Señora,
que me digas lo que anoche
vistes!

SANCHO. ¡Por Dios, que curiosa
por demás eres, Estrella!
A tí de eso ¿qué te importa?

ESTRELLA. No imagines, Sancho mio,
que curiosidad es sola
mi pregunta, ni por eso
á la antecámara propia
de don Sancho me llegara;
no, no, mi razon es otra.
En agitacion horrenda,
en pesadilla angustiosa
toda la noche ha pasado
la Condesa mi señora.

SANCHO. ¿Y eso qué tiene de extraño?
El insomnio en ella es cosa
muy frecuente.

ESTRELLA. Sancho, no;
nunca la ví como ahora:
hubo un momento en que miedo
la cobré... ¡la creí loca!

SANCHO. Tu poco espíritu, Estrella;
tu supersticion medrosa,
tal vez de un sonambulismo
tamañas quimeras forja.

ESTRELLA. No, no; se arrojó del lecho
desesperada y furiosa,
desencajada, convulsa,
diciendo con voces roncas:
«Dame, Hissem, dame tu alfanje,
tenle, y que su sangre corra.»
Luego se hincó de rodillas
á una aparicion incógnita,
suplicando... ¡Ay, Sancho! entonces
yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
se pintaba su recóndita

pavura sobre el semblante,
y los ojos de las órbitas
saltándosela; en su frente,
brotaba en hirvientes gotas
mortal sudor... si la hubieras
visto... ¡ay, estaba espantosa!

SANCHO. (¡Infeliz!) Estrella, cálmate:
sin duda esa aterradora
escena que estás contándome
soñaste en la noche próxima,
y con tanto vivo carácter
tu imaginacion pintóla
que realidad la creiste.

ESTRELLA. ¡Ojalá, Sancho! mas óyela
del todo, y juzga conmigo
la realidad de esa historia.

SANCHO. Dí.

ESTRELLA. Serenóse un momento;
calmóse aquella diabólica
agitacion de espíritu,
y descansó casi un hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
volvió á arrojarse furiosa
del lecho, y á la ventana
abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
y en voz angustiada y cóncava
gritó: «¡Hissem, acude, sálvame;
aquí de tus lanzas moras!
¡Acúdeme y todo es tuyo,
mi fe, mi ser, mi corona!»

SANCHO. Silencio, Estrella, silencio,
que don Sancho no te oiga.

ESTRELLA. Ay, todavía me dura
el temblor.

SANCHO. Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
te lo aseguro; tan poca
importancia hubo en su plática

con el moro, y tan remota
relacion tiene con eso...

ESTRELLA. Sancho, esto sin duda toca
en un secreto que guardas
de mí: ¡ay! yo consoladora
una palabra á lo menos
esperaba de tu boca.

SANCHO. Estrella, yo te lo juro,
aunque en mi última hora
estuviera, no podria
asegurarte otra cosa.
Vé á tu aposento y descansa;
esa aprension melancólica
con el reposo disipa,
y aguarda á que tu señora
despierte, y de tí y sus damas
para tocarse disponga.

ESTRELLA. Tarde será.

SANCHO. ¿Por qué, Estrella?

ESTRELLA. Porque á mí, como á las otras,
nos despidió de su cámara
con faz enarcada y torva
diciéndonos: «para nada
os necesito; de sobra
estais aquí; ea, dejadme
las antecámaras solas,
y que nadie en ellas entre
sin excepcion de persona.»

SANCHO. Pues bien, Estrella, obedécela.
Vete y espera con todas
las otras damas, no salga
y te llame antes de la hora
á otro capricho cediendo.
¿Mas oyes? del sueño torna
don Sancho, sus pasos siento.
Sal, Estrella, vete pronta
no te halle aquí.

ESTRELLA. ¡Dios me asista!
¡Adios, Sancho!

SANCHO. Él nos socorra,
que solo puede tal vez
su asistencia poderosa.
(Va á entrar en el aposento de don Sancho, y al mismo tiempo aparece éste.)

ESCENA III.

EL CONDE y SANCHO MONTERO.

CONDE. ¿Sancho, quién estaba aquí
contigo?
SANCHO. Estrella, señor.
CONDE. Exigente es vuestro amor
si os trae de contínuo así.
SANCHO. No fué su pasion ahora
quien la trajo.
CONDE. ¿Pues quién fué?
SANCHO. Señor, su cándida fe
y el amor á su señora.
CONDE. ¿A la Condesa?
SANCHO. Sin duda,
que en Espinosa nacida
la es leal con la honra y vida
y solícita en su ayuda.
CONDE. ¿Qué pasa á mi madre, pues?
SANCHO. Há poco á mí vino Estrella
temiendo, señor, por ella
con afanoso interés;
la pobre me preguntó
lo que anoche ví y oí.
CONDE. ¿En el parque, Sancho?
SANCHO. Sí.
CONDE. ¿Y se lo dijiste?
SANCHO. No.
Antes que ceder con mengua
á amor, á ambicion ni miedo,
juraros, don Sancho, puedo
que me arrancaré la lengua.
CONDE. Gracias, Sancho; mas perdona

si esto me trae tan inquieto.

SANCHO. Descuidad, vuestro secreto
morirá con mi persona.
Mas vuestra madre ha pasado
la noche en insomnio horrible
y en agitacion terrible,
que á mi Estrella ha amedrantado:
y buscando la razon
en esa nocturna cita,
me hizo temprana visita
en cuanto vió la ocasion.

CONDE. ¡Ay, Sancho! que esos traidores
el seso la han trastornado,
y acaso la han fascinado
con filtros encantadores.
Descuidos son, Sancho, mios:
su gusto al deber prefiero,
y que trate la tolero
con moros y con judíos.
Ella piensa que la inician
en arcanos de la ciencia,
¡vive Dios! y su conciencia
con sus ciencias malefician.
¡Ciencia! ¿A perros tan villanos
abrirá Dios sus tesoros?
¿Dará á judíos y á moros
lo que niega á los cristianos?
No, imposible: en la traicion
son sabios, Sancho, no mas:
la ciencia de Satanás
abriga su corazon.
¡Horóscopos y conjuros!...
por vida mia que voy
á deshacérseles hoy
con encantos mas seguros.
¿Los hombres que te encargué?

SANCHO. Ya esperan.

CONDE. ¿Y el renegado?

SANCHO. ¿Qué no hará quien ha dejado

las banderas de su fe?
CONDE. ¿Consiente pues?
SANCHO. Sí, señor.
¡Si hallara quien la quisiera,
hasta su alma vendiera!
CONDE. Calla, que me causa horror.
SANCHO. Es el hombre mas infame
que el suelo del mundo huella;
dadle una dobla, y por ella
venderá lo que mas ame.
Es una serpiente astuta
que todo lo ve y penetra;
quien sus crímenes perpetra
y sus planes ejecuta
y sus intenciones sabe.
CONDE. ¿Del judío?
SANCHO. De los dos;
mas venderos quiere á vos
de todos ellos la llave.
¿Quereis verle?
CONDE. Sancho, no:
con él entiéndete tú,
que para ese Belcebú
no tendré paciencia yo.
SANCHO. Pues vamos, que ya esclarece,
y él os lo hará presenciar.
CONDE. ¿Está lejos el lugar?
SANCHO. Junto al muro, me parece;
llegamos en un minuto.
CONDE. Y vé con tiento y con paz,
porque de todo es capaz
un malvado tan astuto.
SANCHO. Id descuidado, señor;
lo que no haga el interés
lo ha de poder el temor;
fiad en mí.
CONDE. Vamos pues.

ESCENA IV.

Subterráneo que sirve de habitacion y laboratorio al rabino Simuel Benjamin. En medio un altarcillo ó pira destinada á sacrificios y ceremonias paganas. Un velador triangular con paño negro, sobre el cual hay pergaminos é instrumentos de matemáticas y astronomía. Momias egipcias, cuadrúpedos y volátiles disecados. Un esqueleto humano. Vasos sepulcrales antiguos. Un reloj de arena. Entrada en el fondo. Secreta á la derecha, idem á la izquierda. Elías aparece.

ELÍAS.

Ya no hay remedio, está dicho.
Esta jugada está hecha,
y ya no pueden los dados
recogerse de la mesa.
¡Qué otro camino quedaba!
¡Ay! de pavura me tiembla
el corazon todavía
cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
con que hasta la boca mesma
del subterráneo llegó
á la media noche; aquella
confianza en el poder
de su arriesgada propuesta;
aquel ademan resuelto
con que la entrada secreta
volvió á tomar, sin volverse
para escuchar mi respuesta,
y desde el umbral diciéndome
con voz poderosa y hueca:
«Renegado, hasta mañana,
lo que te conviene piensa.»
Todo esto como de un sueño
triste pesadilla horrenda,
el corazon me atribula
y el pensamiento me prensa.
¡Oh! miserable de mí,
más no nacer me valiera
que dar al fin en las manos

de ese don Sancho. Aquí cesan
mis esperanzas efímeras
de ambicion y de riqueza.
Aquí mi futura dicha,
aquí mi ambicion se estrella;
¡ay! inútiles deseos
que alimentó el alma necia,
ilusiones sois perdidas
que el viento rápido lleva.
Pero probemos siguiendo
del vencedor la bandera;
todos los vientos ayudan
á quien sin rumbo navega.
Coloquemos por si acaso
estos muebles de manera
que estén á servir dispuestos.
(Hace lo que dice.)
Esta pira, aquí, mas cerca
del velador; estas luces
mas opacas, mas inciertas.
*¡Oh, el aparato es magnífico!
*Cualquiera crédulo que entra
*en esta mansion, se humilla
*ante el altar de la ciencia.
Siento rumor.... pasos son;
si antes que él los otros llegan,
todo se pierde.
(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.)
¡Ah, respiro!
El es, estemos alerta.

ESCENA V.

ELÍAS y SANCHO MONTERO.

SANCHO. Guárdete Dios.
ELÍAS. Montero, bien venido.
SANCHO. Aparta, Elías, ceremonias necias,
y á lo que importa vamos. ¿Qué has resuelto?

ELÍAS. ¡Sancho, me mandas que á mi dueño venda!
SANCHO. ¿No has vendido, traidor, en otros dias
patria, amigos, amor, hijos, creencias?
ELÍAS. *Montero....
SANCHO. * Concluyamos; en el parque
*anoche el Conde oyó la conferencia
*de su madre y el árabe.
ELÍAS. * ¡Dios santo!
SANCHO. *Todo lo sabe.
ELÍAS. * ¿Pues de mí qué espera?
SANCHO. *¡Que descubras á tiempo los secretos
*que aquesta gruta misteriosa encierra!
ELÍAS. *¡Sancho!
SANCHO. Concluye, y por tu bien elige.
Tu secreto me das ó tu cabeza.
ELÍAS. ¿No hay otro medio, Sancho?
SANCHO. No hay ninguno,
nada te ha de salvar sino tu lengua.
ELÍAS. Sea, Sancho, y empieza por quitarte
de esa piedra en que estás.
SANCHO. Esta caverna
labrada está en las rocas.
ELÍAS. Eso dicen;
mas minada la tierra por do quiera,
y hay en su cavidad tantos secretos
como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla á muchos
si sus resortes mil, diestro maneja.
Y un secreto camino va á palacio,
por donde el sabio en el palacio entra
*y espía sin ser visto. En fin, Montero,
*invencion infernal es esta cueva.
*Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,
*á implorar el auxilio de la ciencia,
*y la ciencia á los pobres y á los ricos
*con trampantojos y ficcion contesta.
*Aquí con mil prodigios engañosos
*un porvenir mentido les revela,
*y espíritus impuros aparecen

*en visiones, ya horribles, ya risueñas,
*A veces hablan gentes á quien guarda
*há muchos años ya la madre tierra,
*y á veces esas urnas y esas aves
*se sirven de sus manos y su lengua.
En fin, todo es aquí misterio y arte
con que al crédulo vulgo se amedrenta,
y él juzga la verdad con sus sentidos
y su oro al sabio que le engaña deja.

SANCHO. El ignorante vulgo solamente
pasará por patrañas tan groseras.

ELÍAS. ¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
que al mas valiente corazon aterran;
que es así la materia del de el hombre
y en conocerle bien está la ciencia!
*Esto es todo, y no hay mas: todo lo sabes:
*ahora ¡ay de mí! por cuanto caro tengas
*en este mundo, Sancho, que me ampares,
*y del furor del Conde me protejas.
*Y si el oro...

SANCHO. Por Dios, ¿me crees acaso
*tan vil como eres tú? Si no te viera
*temblar ante mis piés como un cobarde,
*contestara mi daga á tu insolencia.

ELÍAS. *Mas ese Conde...

SANCHO. * De quedar con vida
*su palabra real por mí te empeña.

ELÍAS. *Sancho, son las palabras solo ruido,
*y el aire mas ligero se lo lleva.

SANCHO. *¡Renegado! tu fe, si alguna tienes,
*¿á la palabra de don Sancho niegas?

ELÍAS. *Si de su misma boca la escuchara,
*crédito y fe sin vacilar la diera.
*Que es noble y cree en la virtud don Sancho,
*y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...

SANCHO. Cumple mis órdenes, y fia.

ELÍAS. Di.

SANCHO. Escucha: muy en breve la Condesa

va á esta gruta á bajar.

ELÍAS. ¡Cielos, quién pudo!...

SANCHO. Cita secreta es, y váse en ella
á desplegar, para turbar su mente,
todo el poder de la mentida ciencia:
el Conde ha de asistir.

ELÍAS. Es imposible.
Sancho, que le descubran será fuerza.

SANCHO. ¿No se esconden aquí tantos secretos
como junturas hay entre las piedras?
¿No hay aquí mil incógnitos resortes
que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elías.

ELÍAS. Sea, Sancho;
mas del Conde, pues tú le representas,
júrame en nombre que será impasible,
oiga lo que oiga y vea lo que vea.

SANCHO. Sí.

ELÍAS. Que tenga valor y sufrimiento
para ver cuanto pase en su presencia.

SANCHO. Hombre es don Sancho, Elías, á quien nunca
dieron pavor ni sombras ni quimeras.

ELÍAS. Polvo es no mas, como los otros hombres;
mas á buscarle vé, porque ya llegan.

ESCENA VI.

SIMUEL BENJAMIN.

La prueba última es. O cede ahora
esa necia mujer y se fascina,
y merced á mi magia protectora
en Castilla desde hoy Judá domina,
ó la ocasion se pierde de tal modo
que todo se hunde y se malogra todo.
Alégrate, Judá. Si hoy á mi ciencia
la mujeril supersticion da vuelo,
tierra tendrás y templos y opulencia
con que olvidar al fin tu largo duelo:
no irás desde hoy sin término vagando.

patria insegura en que posar buscando
Aquí se tenderán los blancos linos
de las tiendas de Aarón: en torno de ellas
resonarán los cánticos divinos
de la Sion bendita, y las doncellas
de Judá danzarán, nuestros misterios
celebrando al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
dar á su pueblo y amparar mi empresa,
y estos augurios de grandeza y gloria
no se deshagan cual fugaz pavesa!
¡Ay! Dominar queremos los destinos,
y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
para el postrer ensayo. ¡Elías! (Llamándole.)

ESCENA VII.

SIMUEL y ELÍAS.

SIMUEL. ¿Presto
lo tienes toda ya?
ELÍAS. Todo, rabino,
y á vuestra voz responderá el destino.
SIMUEL. ¿Luce el dia?
ELÍAS. Ya el sol por el Oriente
va elevando su disco refulgente.
SIMUEL. ¿No ha parecido el moro todavía?
ELÍAS. Por la empinada loma ya subia
cuando oí vuestra voz.
SIMUEL. Que entre al momento,
y tú á tu obligacion estate atento.
ELÍAS. Así lo haré, señor.
SIMUEL. Préstame ahora,
Dios de Judá, tu ciencia previsora.

ESCENA VIII.

SIMUEL é HISSEM.

SIMUEL. Bien venido seas, moro.
HISSEM. Judío, guárdete Alá:

mas sin ceremonias vamos
á lo que interesa mas.
¿Está preparado todo?

SIMUEL. Todo preparado está.
¿Y la Condesa?

HISSEM. Ya llega
con mi esclavo Ben-Jaguar.
¡Cuánto me costó vencer
su conciencia pertinaz!

SIMUEL. ¿Mas consintió?

HISSEM. Si veia
por sus ojos el fatal
poder á que está sujeto
su destino.

SIMUEL. Lo verá.
¡Su ciega superstición
á sus ojos va á cambiar
la mentida ceremonia
en exacta realidad!

HISSEM. *Vé con tiento, Benjamin;
*su mente hay necesidad
*de exaltar con tus pronósticos,
*mas como arriesgado azar
*es sin duda el demostrarla
*prodigios que no querrá
*creer acaso, primero
*su amor es fuerza irritar
*y su ambicion y aun sus celos.
*Y esto á fallarnos quizás,
*entonces todo á tu ciencia
*lo tendremos que arriesgar.
*No escasees sortilegios
*ni invenciones; tal vez ya
*es este el último dia
*que nos resta aprovechar.

SIMUEL. *¡Cómo!

HISSEM. * Sí; mañana el Conde
*de Búrgos nos lanzará,
*ó acaso tumba nos abra.

SIMUEL. *Hissem, de todo es capaz.
HISSEM. *Pues bien, Simuel, no lo olvides,
*fuerza es caer ó acabar
*de una vez con ese rayo
*á nuestra grey tan fatal.
SIMUEL. *De lo que puede mi ciencia
*tú mismo te has de asombrar.
*Elías sabe mis órdenes,
*y ante sus ojos pondrá
*prodigios aterradores
*que su alma han de atribular.
HISSEM. *Vete con tiento, Simuel.
SIMUEL. *Bravo Hissem, tres años van
*de leccion, y yo respondo
*del efecto que la hará.
*Tres años que estoy hipócrita,
*taimado, astuto y sagaz,
*enseñándola una ciencia
*que jamás aprenderá,
*mas que ha puesto su cabeza
*en un estado capaz
*de abandonarse en mis brazos
*en completa ceguedad.
HISSEM. Mi amor á un tiempo, Simuel,
á tu ciencia ayudará.
Si así lo haces, tu servicio
recompensado verás,
dando en Castilla á tu tribu
tierra y templos que habitar.
¿No es ese tu gran deseo?
SIMUEL. Sí; ¿mas tú lo cumplirás?
HISSEM. Mira el pliego de Almanzor.
Castilla en reino me da
si yo al poder del cristiano
se la consigo arrancar.
Ocultos en esas sierras
cuatro mil moros están
prontos á meterse en Búrgos
á la primera señal.

Los castellanos, sin jefe,
muerto don Sancho, ¿qué harán?
El palacio de su dueño
y su cadáver cercar.
Llorar, Simuel, y apenarse,
y volverse cuando mas
contra la escondida mano
que apagó su luz vital.

SIMUEL. ¿Mas y esa mano escondida?...

HISSEM. Pronto encontrada será
y entregada al populacho
su furor para saciar.

SIMUEL. ¿Pero ella misma?

HISSEM. Escalon
de nuestro poder será;
los dos á una misma tumba
y en un dia bajarán.

SIMUEL. *¿Y será Búrgos?...

HISSEM. * Mi reino,
*donde los tuyos tendrán
*templos y tierra segura,
*y comercio y libertad.
*(Sabedor de mi secreto
*muy pronto te enterrarán.)

SIMUEL. *(Con mi ciencia poco á poco
*del trono bajando irás.)

HISSEM. Ea, pues, siento que llega:
prepara, sabio, tu altar.

SIMUEL. Cumple tú lo que te toca,
y ayude al sabio el galan.

ESCENA IX.

Elías introduce á la Condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve.

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL y BENJAMIN.

SIMUEL. Salud, Condesa.

CONDESA. Sabio israelita,
salud. ¡Hissem aquí!

HISSEM. Aquí, señora,
que vuestra dicha y salvacion medita
Hissem, que espera en vos y en vos adora.
CONDESA. Hissem, que por doquier al par me sigue
de mi conciencia ¡ay, Dios! sombra evocada.
HISSEM. ¡Sombra feliz si vuestro bien consigue,
siempre en cuidado vuestro desvelada!
CONDESA. ¡Hissem, qué noche tan fatal me has dado!
¡Qué ensueños mas horribles he tenido!
SIMUEL. ¿Un calmante quereis?
CONDESA. No; ha disipado
el dia mi temor.
SIMUEL. ¿Razon ha habido?
HISSEM. Simuel, ese hijo vil que la esclaviza
hoy nos aparta de ella como gente
indigna de tratarse, allegadiza,
y yo por convencerla solamente
del intento traidor que á ello le atiza,
la revelé su horóscopo.
SIMUEL. ¡Imprudente!
¿Crees tú que una mujer tenga harto brío
para sondar el porvenir sombrío?
CONDESA. Simuel, no me dió el sér vulgo villano,
y un corazon tan animoso tengo
que no le da pavor su negro arcano,
y de tu voz para escucharte vengo.
Dí, pues, ¿será tu ciencia desmentida
en lo que atañe á mi futura vida?
¿Es cierto, dime, que podrá por ella
á tus conjuros responder mi estrella?
SIMUEL. Al necio humano que en mi ciencia duda,
su mágico poder jamás ayuda.
CONDESA. Responde: á esta caverna á esto he bajado.
SIMUEL. ¡Oh! ¡Mil veces perdon, noble Condesa!
Lo confieso, seis noches he pasado
velando, y vuestro horóscopo he trazado.
CONDESA. ¿Y qué? (Con afan.)
SIMUEL. ¡Ay de mí! ¡Que lo sepais me pesa!
Pésame, sí, de que la ciencia mia

fiara de un amante este secreto,
que nadie es sabio si en amor se fía.

HISSEM. Perdonadme, Simuel, mi solo objeto
fué apartar de su frente el golpe rudo.
Yo la idolatro, sí. ¿Cómo pudiera
su destino esperar sereno y mudo?
Imposible, Simuel, antes muriera.

CONDESA. ¡Hissem! (Con amor.)

HISSEM. Perdon, sultana: el alma fria
de ese judío con la edad helada
el fallo de su ciencia callaria,
pero jamás un alma enamorada.
Tú, solo tú en el mundo me interesa,
y en amarte no mas mi ánima absorta
toda su voluntad te guarda ilesa,
y cuanto tú no seas ¿qué la importa?

CONDESA. ¡Hissem! (Con entusiasmo.)

HISSEM. (Con amargura.)
¡Mas ay! Por nuestra estrella impía
hoy partiré de aquí, sultana mia,
y ahogará, si su curso no torcemos,
tres años de esperanzas este dia.

CONDESA. Eso jamás, Hissem: le torceremos.
Renunciar á tu amor es imposible;
dentro del fiero corazon le halago
mucho tiempo hace ya, y es invencible;
nada detiene su tremendo estrago.
A esta fatal pasion ceda primero
cuanto fuí, cuanto soy y cuanto espero.
Abreme ¡oh sabio! el infernal volúmen
del hondo porvenir, y aunque al saberles
sus secretos fatídicos me abrumen,
quiero una vez para mi mal leerles;
quiero saber que á mi destino cedo
por ruin fatalidad, mas no por miedo.

SIMUEL. Vedlo bien, y os advierto que aun es hora:
de la vida mortal ir el camino
siguiendo á ciegas vale mas, señora,
que penetrar el fallo del destino,

que es siempre mas feliz quien mas lo ignora.
CONDESA. Tú me lo has dicho; cada sér que nace
trae una estrella que su vida rige,
y por el solo rumbo que ella trace
se abre la senda que á su fin dirige;
pues bien, yo quiero ver mi oculta senda
si á caer mi sentencia ha de arrastrarme;
antes de hundirme por la sima horrenda,
á su boca fatal quiero asomarme.
SIMUEL. Pues mirad que esa senda es escabrosa,
que está escrita con sangre esa sentencia.
¡Oh! respetad la nube misteriosa
que envuelve vuestra mísera existencia.
Sucumbir sin luchar, é id animosa
sin peso tan fatal en la conciencia.
CONDESA. ¿Sucumbir sin luchar? eso es cobarde,
y aunque fuera razon, fuera muy tarde.
Si he de ceder á mi contraria suerte,
no será sin luchar, frente he de hacerla,
y si es mi estrella el astro de mi muerte,
si no puedo apagarla ni torcerla,
sabré que atada á su siniestro rumbo
ella me arrastra, pero no sucumbo.
SIMUEL. (Mostrándola un pergamino.)
Pues bien, ved vuestro horóscopo.
CONDESA. ¿Y qué es esto?
SIMUEL. Los astros en aqueste planetario
el porvenir os ponen manifiesto.
CONDESA. ¿Y á qué este laberinto es necesario
de rayas quirománticas?
SIMUEL. Señora,
ahí está para el sabio la evidencia
de vuestro porvenir; leed ahora
(Le vuelve el pergamino del otro lado.)
reducida á palabras su sentencia.
CONDESA. (Lee.)
«Quien consulta este horóscopo, va en breve,
tras de duelos y afanes bien prolijos,
víctima á ser de sus ingratos hijos.»

¡Cielos! ¿Y esto es?... (Representando.)
SIMUEL. (Interrumpiéndola.) Lo que cumplirse debe.
CONDESA. ¿Y es verdad, ¡justo Dios!, y esto del Conde,
de don Sancho, mi horóscopo responde?
HISSEM. Mas hijo no teneis. Luego á él se ajusta
esa revelacion con que os lo avisa
generoso el destino, aunque os asusta.
CONDESA. Fatal sentencia es.
SIMUEL. Pero precisa.
CONDESA. No turbes mi razon con torpe labio,
fascinando mi fe, viejo rabino.
¿No acontece tal vez que yerra el sabio?
SIMUEL. El hombre acaso, pero no el destino.
CONDESA. Fácil es engañar á una matrona
que tu ciencia celeste no penetra,
cuando puede detrás de cada letra
su horóscopo esconder una corona.
SIMUEL. Pues el medio elegid que mas os cuadre;
el azar en que hayais mas confianza
discurrid, y del hijo y de la madre
pesaremos la suerte en su balanza.
Los muertos evocad y os dirán eso;
apelad á los sueños, y eso mismo
dirán tambien; y donde quiera expreso
el agüero vereis y el fatalismo.
Ya sea que á la suerte se encomiende,
ya á espíritus terribles se consulte,
trastórnese el pronóstico ó se enmiende,
eso será no mas lo que resulte.
Las vidas de los dos por un sendero
no pueden juntas ir; las dos no caben,
y una de entrambas cederá primero;
mas ¿cual? los cielos nada mas lo saben.
CONDESA. Vea yo, pues, su voluntad expresa,
póngalo ante mis ojos un vestigio
de ese poder incógnito, un prodigio
hable, y con él mi incertidumbre cesa.
SIMUEL. O matar ó morir es vuestro sino;
tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

CONDESA. Pónme, Simuel, patente su mandato,
y cedo ¡vive Dios! y muero ó mato.
SIMUEL. Pues bien, á verlo vais.
HISSEM. Harto hizo el sabio:
judío, aun queda del amante al labio
el último resorte; y si á esta nueva
invencion se resiste
apelaremos á tu ciencia insana.
Vete.

ESCENA X.

LA CONDESA é HISSEM.

HISSEM. Antes de que te arriesgues á esa prueba,
solo un momento escúchame, sultana.
Quiérete el moro ó muerta, ó soberana:
armas, oro, un ejército te ofrece:
¿qué mas claro el destino te parece
cuando en tu mano pone esta mañana,
y á tu antojo abandona
un lecho funeral ó una corona?
Por cuanto caro en tu existencia tengas
que á esa prueba infernal nunca te avengas.
CONDESA. (Con espanto.)
¿Con que es verdad, Hissem? ¿Puede su ciencia
cumplir lo que promete?
HISSEM. Veces ciento
patentizó á mis ojos la experiencia
que responde á su voz el firmamento.
*Mil veces en furtiva conferencia,
*al soldado, al mendigo, al opulento
*les marcó de su muerte la hora oculta,
*y la hora fué de la fatal consulta.
CONDESA. *¡Cielos!
HISSEM. * ¿Ves esos muebles que su estancia
*cercan en derredor? A su voz todos
*alma recibirán de varios modos,
*aterrando la tuya.—Sí, sultana,
*todo es misterio aquí; y esas redomas
*que hacen creer á nuestra vista humana

*que contienen espíritus y gomas,
*el elixir encierran de las vidas
*cuyas horas de aliento están medidas.

CONDESA. ¿Es tanto su poder?

HISSEM. Oh, no te asombre,
todo lo puede con la ciencia el hombre;
y hombre soy yo tambien, y tiemblo ahora
ante esa ceremonia aterradora.

CONDESA. No lo acierto á creer.

HISSEM. Le ví mil veces
los muertos evocar de sus conjuros
al secreto poder, y de sus preces
con las palabras mágicas; seguros
sus pronósticos son, y ese que miras
respecto al porvenir que á tí te espera
es la expresion de las celestes iras.

CONDESA. ¿Y preciso ha de ser que mate ó muera?

HISSEM. Sí, lo mismo que yo.

CONDESA. ¡Cielos! ¿Qué dices?

HISSEM. Salga al fin de una vez del pecho mio
este fatal secreto: el hado impío
ató nuestros destinos infelices.

CONDESA. *No te entiendo.

HISSEM. * Oye; á mi importuno ruego
*el mio consultó con las estrellas
*el sabio israelita.

CONDESA. *(Con afan.) ¿Y supo de ellas?....

HISSEM. *Cuanto anuncióme realizóse luego.
Escucha, pues, nuestro enlazado sino.
Tú dependes del Conde; á un soplo suyo
cambiará para siempre tu destino;
mas yo pendo de tí, mio es el tuyo,
y si no hago que Sancho á tí sucumba,
nuestro destino es él, él nuestra tumba.
O él, ó nosotros dos.

CONDESA. ¡Es imposible!

HISSEM. O él ó nosotros dos, no hay esperanza.

CONDESA. Tú no lo crees, Hissem: ¡eso es horrible!

HISSEM. *Aun yace el fiel de la fatal balanza

*en la mitad del peso equilibrado;
*mas solo un dia, una mañana queda
*para que pierda el equilibrio y ceda.
Resuélvete.

CONDESA. Jamás.

HISSEM. ¿Lo has meditado?

CONDESA. Sí, y no osarán mis manos á su vida,
á no verlo yo misma decretado
claramente en el cielo.

HISSEM. ¡Fementida!
*¿Así mi amor, mi ayuda, una corona
*renuncias, pese á mí cobardemente,
*¿y el lazo que á tu vida me eslabona
*rompes sin pesar tan villanamente?
*¡Tu destino desprecias, temeraria!
*¡No crees en él!—Yo sí, y para evitarle
*separaré de tí mi suerte varia.

CONDESA. ¡Moro!

HISSEM. Está bien; atienda desde ahora
solo á sí mismo cada cual, traidora.

CONDESA. De esa manera, Hissem....

HISSEM. (Interrumpiéndola.) De esa manera,
de mi propia cerviz sabré apartarle.
¿Conoces este pliego? (Muéstrale.)

CONDESA. ¡Ah! ¡qué imaginas!

HISSEM. Todo por todo.

CONDESA. ¡Corazon de fiera!
¿Qué es lo que vas á hacer?

HISSEM. ¿No lo adivinas?

CONDESA. ¡Ese pliego!...

HISSEM. Es tu carta; en ella le haces
un encargo á este Hissem que te habla ahora.
Lee, *mi esposo sale con sus haces,*
hazle que caiga en emboscada mora.

CONDESA. ¡Cielos!

HISSEM. Cayó: su cuerpo fué comprado
á fuerza de dinero, y fué Hissem mismo
quien lo trajo á lanzadas traspasado.
Tu mano y tu corona has empeñado

por tal servicio: cumple, ó un abismo
te abro, esta carta al Conde remitiendo,
tus esperanzas para siempre hundiendo.

CONDESA. ¡Bárbaro Hissem! ¡Y lo pondrás por obra!

HISSEM. Sí; juro á Alá! pues matas mi esperanza,
*en tu reino, y tu amor, todo me sobra:
*mas te daré venganza por venganza. [bas!
*¡Ay, tuve orgullo en tí mientras me ama-
*mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes
no rindiendo á mi amor cuanto esperabas
cual yo, te venderé cual tú me vendes.

CONDESA. ¿Yo? ¿Yo venderte, Hissem? Sella esa boca:
¿yo venderte, que te amo mas que al mundo?
Calla, ó por Dios que volverasme loca.

HISSEM. Bien ese amor demuestras tan profundo,
sultana, contra mí cuando atropelias
hasta la misma ley de las estrellas.
¿Que me amas dices?—Mientes.

CONDESA. Pues bien, moro.
Habla: ¿qué exiges de mi amor? responde.

HISSEM. Abre un sepulcro.

CONDESA. Bien, morirá el Conde.
Mas ese pliego horrible....

HISSEM. Con tus manos
mil pedazos le harás, y este secreto
jamás penetrarán ojos humanos.

CONDESA. Cúmplase, sí, el recóndito decreto
de mi suerte fatal; mas pronto sea,
antes que calme mi pasion precita,
y este vértigo horrendo que me agita
contra mí misma convertido vea.

HISSEM. Hoy mismo.

CONDESA. Sí.

HISSEM. En la mesa.

CONDESA. Sí.

HISSEM. (Llamando.) ¡Judío!

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM y SIMUEL.

HISSEM. Pronto: ¿posees un elixir que acabe
una vida en un punto?

SIMUEL. Sí.

HISSEM. ¿Que oculte
su presencia en el cuerpo?

SIMUEL. Sí, que lave
la mano que le ofrezca, y que sepulte
en sombra eterna el atentado grave.

HISSEM. Tráelo pues.

SIMUEL. ¿Para quién?

HISSEM. No es su destino
ó matar ó morir?

SIMUEL. Sí.

HISSEM. Pues le acepta.

SIMUEL. ¿Y el conjuro sin ver?

HISSEM. Ese es su sino,
y de ello siento conviccion perfecta.

SIMUEL. ¡Venid y os le daré!

CONDESA. Y á mi palacio
partamos en seguida,
y aprovechemos el primer espacio:
que es fuerza que hoy se arriesgue y se decida
poder contra poder, vida por vida.

HISSEM. Y amor, y trono, y libertad, sultana,
esta tarde tendrás.

CONDESA. (Volviéndose desde la puerta.) Moro, descuida:
muerta tengo de ser, ó soberana.

HIS. Y SIM. Vamos. (Vánse por la salida del fondo.)

ESCENA XII.

El teatro queda un momento solo. EL CONDE aparece abriendo una trampa giratoria practicada en un pilar, y SANCHO MONTERO tras él calmándole.

SANCHO. Señor, calmaos.

CONDE. No, Montero,
déjame respirar, deja que exhale

su enojo y su pesar un caballero
que ultrajar mira así lo que mas vale,
mi honor, Sancho: ¿y por quién? por quien mas
por mi madre. [quiero;
SANCHO. Señor....
CONDE. Aparta, Sancho,
y espacio deja á mis lamentos ancho.
Deja que sufra en paz, y que me queje
á solas de mi mal, ya que es preciso
que aquí en mi corazon le esconda y deje,
porque el juicio de Dios así lo quiso.
Porque es su ley que mi justicia ceje
ante mayor razon, y un paraiso
lleve en el rostro, mientras roe interno
mi pobre corazon todo un infierno.
Dí, Sancho: ¿y tú lo crees? ¿y esa es mi madre?
¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
¡Ella dando por él muerte á mi padre!
(Con agitacion.) ¡A mi vida por él osando airada!
¿Y qué halla en él que á su nobleza cuadre?
¿Qué ama en él su pasion desventurada?
¡Pliegues del corazon que solo sabe
Dios, que del corazon guarda la llave!
SANCHO. Serenaos, señor.
CONDE. (Calmándose de repente.) Ya estoy sereno.
SANCHO. Y no olvideis que su traidora ciencia
á vuestros dias aplazó un veneno.
CONDE. No será la que corte mi existencia;
no temas por la mia ¡oh, Sancho bueno!
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
y tal será mi fallo furibundo,
que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII.

DICHOS y ELÍAS.

ELÍAS. Señor... (Echándose á los piés del conde.)
CONDE. ¿Quién es ese hombre?
ELÍAS. Un miserable.

señor, que á vuestras plantas humillado
viene á pedir su vida detestable.

CONDE. Sancho, ¿quién es?

SANCHO. Señor, el renegado.

CONDE. ¿Cómplice de las tramas infernales
de esos traidores es?

SANCHO. Sin duda alguna,
y su siervo mas fiel.

CONDE. Por cuanto vales
responde, y dí á tu lengua que reuna
cuanta sinceridad en ella quepa
para decir al punto cuanto sepa.

ELÍAS. ¡Señor!

CONDE. Lo cierto te valdrá la vida;
dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo
que aprestaba su ciencia maldecida,
y que á mi pobre madre fascinando
la arrastraba al delito mas nefando?

ELÍAS. Señor, un filtro de poder tremendo
que al espíritu crédulo estremece:
un licor que el cerebro enardeciendo
le fascina, le turba, le enloquece:
y el ánimo á esta farsa disponiendo,
le hace en falso juzgar de cuanto ofrece
el pretendido sabio á sus sentidos,
en visiones y encantos prevenidos.

CONDE. ¡Infames!

ELÍAS. Y la fiebre que produce
es un vértigo horrible, es un ensueño
que á cuanto el sabio necesita induce;
le hace del alma del paciente dueño,
y á cuanto la vision falsa le incita
el crédulo mortal se precipita.

CONDE. ¡Basta; basta, por Cristo! impía ciencia,
digna no mas de moros y judíos;
artes por mi fatal condescendencia
hoy practicadas en los reinos mios,
Mas hoy concluirán. Sancho, á ese hombre
que ha asistido á tan torpes sortilegios

dale muerte.

SANCHO. Señor, aunque os asombre
le concedí la vida en vuestro nombre,

CONDE. Válganle, Sancho, pues, los privilegios
de mi palabra real; pero su lengua
renegó de su Dios, y fuera mengua
sin castigo dejar sus sacrilegios.
Sancho, en un calabozo eternamente
yazga; y privado de la lengua y manos,
que no pueda jamás, aunque lo intente,
revelar lo que sabe á los humanos.
¡Silencio! esto ha de ser: un solo acento
en la garganta os cortará el aliento.
(Sancho le lleva y vuelve.)

ESCENA XIV.

EL CONDE.

Todos á precio tal su vida estimen
los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que á mi madre vendan:
caiga la eternidad sobre su crímen.
Señor, que el corazon de los mortales
desde tu regia excelsitud penetras,
y á través de apariencias terrenales,
lees su verdad en invisibles letras;
tú, que con tus miradas paternales
tan gran resolucion en mí perpetras,
tú que conoces de mi afan lo extenso,
benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV.

EL CONDE y SANCHO.

CONDE. ¿Eres tú?

SANCHO. Sí, señor.

CONDE. ¿Está seguro?

SANCHO. Sí.

CONDE. ¿Con nadie hablará?

SANCHO. Con alma humana:

guárdale solo el callejon del muro,
y allí estará al partir.

CONDE. De buena gana
le perdonara, Sancho, mas no puedo,
que aun de mi misma lengua tengo miedo.

SANCHO. ¿Pero llorais, señor?

CONDE. Fuego derramo,
sangre que quema mis hinchados ojos.

SANCHO. ¡Ah! moderad, señor, tantos enojos.

CONDE. Sancho, voy á inmolar lo que mas amo.
¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro
porque voy á perder en un momento
la madre criminal en quien adoro
y el honor, que aprecié mas que el aliento
¿Lo oistes? Hijo vil que la esclaviza
apellidarme osó delante de ella
esa canalla ruin que me la hechiza
con las necias patrañas de su estrella.
Y calló... ¡ah! todos hoy serán ceniza,
todos caerán bajo mi airada huella.

SANCHO. ¡Todos! (Con asombro.)

CONDE. Sí.

SANCHO. ¿Tambien ella? (Mas.)

CONDE. Sancho, tente,
no temas nunca que á mi madre atente.
Siempre de entre los dos será primero,
de mi madre ó mi honor, mi honor sucumba:
al suyo ceda el universo entero,
y ábrase al hijo envilecida tumba.
Sobre mí su baldon que caiga quiero,
y pues mi honor por ella se derrumba,
que á mí tan solo su baldon me siga,
y el universo entero me maldiga.

SANCHO. ¿Qué es lo que hablais, señor, que no os en-[tiendo?

CONDE. No lo entiendas jamás, si vivir quieres.
Este secreto formidable, horrendo,
si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.

SANCHO. ¡Ah!... el sacrificio colosal comprendo,
y me espanta, señor.

CONDE. Si leal eres,
sea tu corazon su eterno abismo.
SANCHO. Callando imitaré vuestro heroismo.
CONDE. No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta
tamaña abnegacion; que al fin, Montero,
para mí nada mas será funesta.
Mas á mi fama mi deber prefiero;
su hijo nací; mi obligacion es esta,
y obraré como debe un caballero.
Sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,
que obró mi corazon como debia.
SANCHO. Culpe, señor, vuestra fatal estrella.
CONDE. No; la virtud á medias no practico,
Sancho, no quede de mi hazaña huella;
ignore el mundo lo que no le explico.
Entre mi madre y yo, primero es ella:
venza, pues, cuanto soy la sacrifico.
Quede por siempre limpia su memoria,
y eche en mí solo su borron la historia.
Mas el juicio... (Al entrar Simuel, el Conde se emboza y Sancho se aparta. El judío se asombra de hallarlos allí.)

ESCENA XVI.

EL CONDE, SIMUEL, BENJAMIN y SANCHO.

SIMUEL. (Al ver al Conde.) ¡Dios!
CONDE. (Yéndose á él.) ¿Qué hay que te asombre?
Todo lo oí, y del Conde la mancilla
tú mismo has de lavar.
SIMUEL. Fantasma ú hombre,
¿quién te trajo hasta aquí? ¿Cuál es tu nom-
[bre?
CONDE. Dobla para escucharle la rodilla.
SIMUEL. ¿Yo? ¿Y á quién?
CONDE. (Descubriéndose.) A don Sancho de Castilla.
(Queda don Sancho desembozándose en una actitud que revele toda la dignidad de su carácter, y cae á sus piés el judío.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion cerrada que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da á las habitaciones de la Condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha otra que da á un camarin. En el opuesto otra idem. En el fondo otra, con vidrieras de colores, que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del Conde.—Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE y SIMUEL, entrando por la puerta del fondo.

CONDE. ¡Y á mi palacio así, por vida mia,
en el silencio de la noche oscura
este oculto camino te traia!

SIMUEL. ¡Señor!

CONDE. (Con desprecio.) Y estás temblando de pavura
con solo preguntártelo, ¡cobarde!
¿y eres tú quien penetra los destinos
de mi familia? de ello harás alarde
tan solo entre mujeres y asesinos.
¡Vive Dios! si quien eres no mirara
y no viera quien soy, torpe gusano,
en polvo entre mis manos te tornara:
mas te honrara matándote mi mano.
¡Eh! no temas, imbécil, de la mia,
que victoria tan ruin me humillaria.
En fin, si has de salvarte, solamente
hay un medio y lo sabes; sé prudente,
y dime al cabo y por la vez postrera
si riesgo alguno el individuo corre.

SIMUEL. Probadlo en mí, señor, si eso os altera,
y mi existencia vuestra duda borre.

CONDE. De traidores cual tú todo lo temo:
fueras capaz por conseguir venganza
de llevar la traicion hasta ese extremo.

SIMUEL. Señor, tan singular desconfianza
es indigna de vos. Arrepentido,
solo ese medio espero de obligaros,
si no al perdon, al menos al olvido.
¡Y ni aun con mi existencia osais fiaros!

CONDE. Al miedo creo de que estás transido
mas que á todos tus lógicos reparos:
pero solo, Simuel, solo á este precio
cederá mi venganza á mi desprecio.
Piénsalo bien, y solo de este modo
todo lo aparto y te lo olvido todo.

SIMUEL. Y á vuestros piés, señor....

CONDE. Alza, rabino,
y ojalá que hoy mi liberal clemencia
de conocer te ponga en el camino
del solo Dios la verdadera ciencia.

SIMUEL. ¡Ah, mientras viva rogaré al destino!...

CONDE. Ten esa lengua vil, y en mi presencia
no invoques mas poder ni mas ayuda
que la del Dios en quien tu ciencia duda.
Sígueme.
(Abre el camarin de la izquierda, y le dice mostrándosele.)
En esta estancia, retirado
y en silencio estarás: aquí tu suerte
esperarás, y el término fijado:
y el éxito será de tu bebida
el fallo de tu muerte ó de tu vida.
Entra, y míralo bien. (Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II.

EL CONDE.

Tiemblo y me espanto
cuanto medito mas la horrible idea.
¡Que mi madre ¡ay de mí! me obligue á tanto!
¡Que ella la criminal, mi madre, sea

causa de mi baldon y de mi llanto!
Ella echar sobre mí mancha tan fea
sin que pueda decirse en voz del bueno:
«¡Lleva la mancha del delito ajeno!»
Arráncame, buen Dios, del pensamiento
esta idea cruel, desgarradora:
sopla en mi corazon virtud y aliento
que resista su fuerza tentadora:
pon en mis manos y en mi lengua tiento
para obrar y decir desde esta hora
lo que cumpla no mas al sacrificio
que comprende no mas tu excelso juicio.
(Llaman á la puerta que da al exterior.)
Quién va? (El Conde abre, y sale Sancho.)

ESCENA III.

EL CONDE y SANCHO MONTERO.

CONDE. Sancho, qué has hecho?
SANCHO. Puntualmente
vuestro encargo, señor, dejo cumplido.
CONDE. ¿Le traes?
SANCHO. Se resistió bizarramente,
pero por fin al número ha cedido.
CONDE. ¡Muerto!
SANCHO. No: me mandásteis solamente
que le apresara, y preso os le he traido.
CONDE. Está bien. ¿Y la carta?
SANCHO. Iba á romperla,
mas no le di lugar.
CONDE. Trae, Sancho, á verla.
(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la Condesa en la escena X del acto II. El Conde le toma, le mira y le guarda. Despues se vuelve diciéndole con mirada penetrante.)
¿La leiste?
SANCHO. Mis ojos jamás osan
adonde mi señor pone los suyos.
CONDE. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan;
para velarme, pues, guarda los tuyos.

SANCHO. Lince seré, señor, que vigilante
no los quite de vos un solo instante.

CONDE. Tú eres no mas ¡oh Sancho! mi consuelo:
hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,
y si tu lealtad me roba el cielo,
en la tierra desde hoy quedaré solo.

SANCHO. Señor, antes la luz del medio dia
ha de faltar al sol: antes al viento
ha de faltar impulso y armonía,
y á las corrientes aguas movimiento,
y al suelo sombra en la enramada umbría,
y al águila el espacio y ardimiento,
y al mar arenas, y al coral esmalte,
que á vos mi aliento y corazon os falte.

CONDE. Gracias, Sancho leal; bien necesito
un corazon que con el mio llore
cuando la mancha de su vil delito
á los ojos del mundo me desdore.
Tú solo entonces me darás consuelo
de mi secreto cruel depositario,
y en tanto, por mi bien, pídele al cielo
que el valor no me niegue necesario.

SANCHO. Si de mi vida ha menester la vuestra,
hablad, señor, la inmolaré tranquilo.

CONDE. No, Sancho: ante otra muerte mas siniestra
que la del cuerpo material vacilo.
Ante otra precision tiembla mi diestra,
no acostumbrada á tan traidor estilo,
y recelos recónditos me oprimen;
que aunque es una virtud, parece un crímen.
Mas no es posible que tu mente mida
la intensidad de mi pesar. Montero,
á ese hombre guarda hasta que yo le pida:
que no hable á nadie, y de que bien vigilen
mis castellanos por los muros cuida.
Mas que muchos á un punto no se apilen,
no astuto el moro de las sierras vea
que vamos á salir á la pelea.

SANCHO. ¿Cuándo será, señor?

CONDE. Al medio dia.
Mas antes de partir, frugal y corta
comida haremos, á costumbre mia.
Tú solo en ella que nos sirva importa.

SANCHO. Señor...

CONDE. Siempre afanoso, Sancho, se halla
el corazon mas noble y mas valiente
á punto de arriesgar una batalla:
y es bueno que este afan vele á su gente,
no vacile ó murmure la canalla:
dispon, pues, que nos sirvan de repente
vianda que se ajuste á nuestra prisa.
Cubre la mesa, y á mi madre avisa.
(Váse Sancho.)

ESCENA IV.

EL CONDE.

Llegó la hora fatal, y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horrible
vapor de crímen en que vivo envuelto,
que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos,
y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos... es ella... me retiro.
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro:
no quiero que mi vista la acobarde.
(Entra en el camarin de la derecha.)

ESCENA V.

LA CONDESA, saliendo de su aposento.

¡Ay! parece que tengo en el cerebro
una hoguera voraz, y á par que él arde
dentro del pecho con aliento escaso
siento que helado el corazon me late.
Trémulos van mis piés por mis salones
sin cierto rumbo y voluntad llevándome,

y siento retumbar dentro del pecho
el lento son de cada paso que hacen.
Cada murmullo que en el aire suena,
cada cortina que estremece el aire,
que anuncian un espectro me parece
que con callado pié tras de mi sale.
Si al reposo me entrego algun momento
y al sueño cede mi cansancio grave,
de espantosos delirios asaltada,
presa despierto de pavor mas grande.
No puedo mas con tan odiosa vida,
quiero ahogar de una vez tantos afanes.
Sí, que se cumpla mi destino quiero,
ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI.

LA CONDESA SANCHO MONTERO, con frutas en canastillos, etc.

CONDESA. ¿Quién es? Sancho. (¡Ay de mí! Temblé al sen-
SANCHO. Yo soy, señora. ¿Qué ordenais? [tirle.
CONDESA. ¿Qué traes?
SANCHO. De mi señor las órdenes cumpliendo,
viandas son.
CONDESA. ¡Tan pronto!
SANCHO. A la lid parte,
y con permiso vuestro de hoy dispone
que la primer comida se adelante.
¿Vos le acompañareis?
CONDESA. Sí.
SANCHO. Despedirse
querrá de vos por si malogra el trance.
CONDESA. Es justo, Sancho: sus mandatos cumple,
y al cielo ruega que le ayude y guarde.
SANCHO. Sí, rogaré, mas como buen vasallo
iré luego con él para ayudarle.
CONDESA. (Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;
hidalgo en eso lo que debes haces.
(Me da este hombre rubor.)

SANCHO. Ya está la mesa.
Al Conde avisaré cuando gustáreis.
CONDESA. No, Sancho, no; le avisaré yo misma.
SANCHO. Como os plazca mejor.
CONDESA. Así me place.
Sal.

ESCENA VII.

LA CONDESA.

Ya estoy sola, y la ocasion es esta.
¡Ay! Mi razon se turba en tal instante,
y en cuanto me rodea veo atónita
la mano del destino formidable.
Esta mesa, esta estancia solitaria...
¡Parece que apropósito lo hacen!
Cielo, de mi virtud siempre enemigo
¿á qué ponérme la ocasion tan fácil?
¿No bastaba ¡ay de mí! que consintiese
débil mi corazon en despeñarme
sin que á la boca de la sima horrenda
me trajeras tú mismo, que lo sabes?
Ea, vamos; ayúdame, ¡oh infierno!
(Saca del pecho un pomo.)
Ya la copa fatal tengo delante,
y mi estrella y mi amor así lo quieren...
¡Ay! pero tiembla el corazon cobarde.
Tiembla mi mano, la letal ponzoña
sintiendo entre los dedos... ¡miserable
de mí! ¿Cómo he verle á impulso suyo
palidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba á su padre: en una carta
fácil era decir: «Va al campo, mátale.»
Pero á él, yo misma, con mi propia mano,
tranquilo el corazon, sério el semblante,
dársela... no: le tuve en mis entrañas;
tiene mi mismo sér, mi misma sangre:
no, no: que viva, y cámbiese el destino.
¡Hijo mio!... ¡Infeliz! Me acuerdo tarde.

Si vive, hoy mismo le echará de Búrgos,
pues hoy de Búrgos contra moros parte,
y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!
pondrá en sus manos mi secreto infame.
Esa carta fatal que mi deshonra
al universo entero hará palpable,
y á seis años de hipócritas virtudes
el velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,
y el vulgo vengativo de los árabes,
ponderando mi crímen á porfía,
insultarán mi nombre y mi cadáver
¡Maldita fué de mi nacer la hora!
¡Maldito el sino que á la tierra traje,
tigre sedienta de la sangre mia,
sin que jamás con la vertida me harte!
¡Y no hay mas esperanza, no! Si el pliego
llega á sus manos y su escrito sabe
que conoce ya el vulgo, él mismo airado,
él mismo por su honor vendrá á matarme;
sí, que no torcerá de su justicia
la recta ley ni por su propia madre.
El morirá tras mí de pesadumbre,
de deshonra y de horror: si á tanto osare,
mas osará, que es su ídolo la gloria,
y es de justicia testimonio grande.
Muera: retroceder es ya imposible;
y ante el destino que la ciencia calle;
muera, sí; pues mi horóscopo lo ordena,
no yo, sino el infierno es quien lo hace.
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)
¡Cayó!... ¡Veo á la muerte descarnada
por detrás de los bordes asomarse
de la ancha copa, y con la seca mano
y sonrisa diabólica llamarme!
¡No, no hay remedio ya!... ¿Mas, si no bebe?
¿Si hace un descuido que de copa cambie?
Ambas á dos las dejaré servidas,
y él tomará la que le esté delante.

(Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que está el veneno, en el sitio del Conde.)

¡Cúmplase pues nuestro fatal destino,
que tumba al uno de nosotros abre!
Para uno de los dos guarda esa copa
de la callada eternidad la llave.

(Cae en el sillon desfallecida.)

ESCENA VIII.

LA CONDESA y EL CONDE, despues de contemplarla un momento.

CONDE. ¡Madre mia!
CONDESA. (Espantada.) ¿Quién es? ¡El!
CONDE. ¿Qué os espanta
de ese modo, señora, en mi semblante?
CONDESA. (¡Se me hiela la voz en la garganta!)
Sancho, no extrañes si de mí delante
viéndote me turbé, que me quebranta
saber que á lidiar vas. (¡Terrible instante!)
CONDE. Tal es mi obligacion; guardar mi tierra
antes que en mala paz en buena guerra.
CONDESA. Siempre es la guerra tu primer deseo;
tu primer pensamiento, las batallas;
tu mas galan y acomodado arreo,
el casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto á pelear te veo;
siempre á la paz inconvenientes hallas,
y entre tanto tus pueblos desdichados
quedan con lo mejor, pero asolados.
CONDE. Madre, os vende la voz vuestro deseo,
y hablais como mujer, de las batallas
siempre enemiga y militar arreo.
Si en vez de yelmos y tupidas mallas
la seda usando á que inclinada os veo,
puesto á su torpe paz no hubiera vallas,
los árabes mis pueblos desdichados
me dejaran con paz, pero asolados.
CONDESA. Un enemigo que la paz implora
leal será, pues serlo necesita.

CONDE. Madre, eso no habla con la gente mora;
raza salvaje que el desierto habita;
se humilla al vencedor, pero traidora,
en oportuna rebelion medita.

CONDESA. Es, Sancho, esa opinion harto extremada.

CONDE. Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo: los detesto,
y mas reñir con ellos me acomoda
que haberlos de sufrir.

CONDESA. Y á pesar de esto,
Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,
lejos ahora están de tus fronteras.

CONDE. No tan lejos, señora: esos peñascos
guarecen á su sombra sus banderas,
corvos alfanjes y redondos cascos.

CONDESA. Esas noticias son....

CONDE. Harto seguras:
desde el balcon del camarin vecino
se alcanza por las hondas quebraduras
de sus turbantes el revuelto lino.

CONDESA. Moros, Sancho, enemigos tus antojos
te pintan por do quier.

CONDE. Madre, vos misma
verlos podeis por vuestros propios ojos.

CONDESA. (El en su misma perdicion se abisma;
todo su mala estrella lo previno,
y es inútil luchar con el destino.)

CONDE. Ved el balcon, llegad.

(El conde la invita á que entre en el camarin: la Condesa no llega mas que al dintel de su puerta, volviendo la espalda á don Sancho.)

CONDESA. (No tengo audacia
para mirarle el rostro.)

CONDE. (Aun tengo miedo
de este infernal brebaje á la eficacia.)

(Saca un pomito.)

¿Lo veis?

CONDESA. No.

CONDE. Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea,

de su misma traicion víctima sea.)

(El Conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la Condesa ha colocado en su sitio, mientras esta mira por el balcon. Al punto de verter el líquido el Conde, aparece Sancho, que le dice aterrado.)

ESCENA IX.

EL CONDE. LA CONDESA. Y SANCHO MONTERO.

SANCHO. ¡Señor! (Aparte al Conde.)

CONDE. (Aparte á Sancho.)

Silencio!—En fin, al cuerpo demos
el nutrimiento necesario y justo
los que muy pronto pelear debemos;
Sancho, sírvenos ya lo que tenemos,
si es de mi madre voluntad y gusto.

(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando alrededor de la mesa frutas en canastillos, etc., etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos, etc., sale otra vez á buscar la vianda pedida por el Conde.)

(Don Sancho, apoyado en el espaldar de un sillon, contempla á su madre, que afectando mirar por el balcon que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la actriz.)

ESCENA X.

EL CONDE y LA CONDESA.

CONDESA. (Siento los piés clavados á la alfombra,
y siento que en latido atropellado
hielo es mi corazon, mis ojos sombra!
Dame, infierno, el valor desesperado
que esta ocasion tremenda necesita.)

CONDE. (Ap.) ¡Su crímen ¡infeliz! cuánto la asombra!

CONDESA. (Ap.) Cúmplase todo; pero pronto sea,
antes que calme mi pasion precita,
y este vértigo horrible que me agita
contra mí misma convertirse vea.

(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

ESCENA XI.

EL CONDE, LA CONDESA y SANCHO MONTERO.

CONDE. Mádre.
CONDESA. Héme aquí. (Con resolucion.)
CONDE. Cuando gusteis.
CONDESA. Ahora.
(Se sientan.)
CONDE. Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga
de ese magro tasajo lonjas haga.
(A la Condesa.)
Y vos tan triste, no os mostreis, señora:
comed y despejad el rostro adusto.
Con la causa leal que defendemos,
Dios nos querrá ayudar, y venceremos.
CONDESA. (No puedo apenas respirar de susto.)
SANCHO. (De zozobra y de espanto no respiro
mientras las copas preparadas miro.)
CONDE. (A la Condesa.)
Mas, ¿no comeis? Efímeros temores
desechad, madre mia.
Siempre fuimos nosotros los mejores:
y espero en Dios que nos dará un buen dia.
CONDESA. (Su voz me aterra.)
CONDE. (¡Acabe esta agonía!)
Ea, madre, por si es la postrimera
que juntos ambos apurar debemos,
asid la copa y apuradla entera;
pues si dejarla en la mitad os vemos,
que temblais por la suerte que me espera
ó en mi valor dudais, recelaremos.
CONDESA. ¡Yo, Sancho!
CONDE. Ea, brindad á mi fortuna
y hollará mi corcel la media luna.
CONDESA. (Asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado.)
Sea.
CONDE. }
CONDESA. } Bebamos.

(El Conde acerca la copa á sus labios y mira beber á la Condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:)

CONDESA. Todo está cumplido.

(Al dejar la Condesa su copa vacía sobre la mesa, deja el Conde llena la suya, la Condesa lo mira y exclama aterrada:)

Mas qué miro ¡gran Dios! ¿tú no has bebido?

CONDE. Ni beberé jamás, que es sino nuestro

(Se levantan.)

CONDESA. ¡El sino atroz de nuestra estrella sabes!

CONDE. Pues os hice beber, que sé demuestro
que el uno de los dos....

CONDESA. (Interrumpiéndole.) Sancho, no acabes.
Te comprendo muy bien, y el fin siniestro
veo que das á mis delitos graves.
Ambos á dos tenemos en las venas
sangre de maldicion, sangre de hienas.

CONDE. ¡Dadme fuerzas, señor!

CONDESA. (Con desprecio.) ¡Y al cielo invoca!
Necio, no van allí nuestras plegarias.
Solo al infierno apadrinarnos toca
nuestras culpas que alienta hereditarias.

CONDE. ¡Madre!

CONDESA. ¡Ay de mí! que en la desierta boca
se apagan los sonidos.... Solitarias
van mis ideas por la mente loca
girando.... Sancho.... mi secreto encierra....
¡no dejes tal baldon sobre la tierra!

(La Condesa, que hablando así habrá ido acercándose hácia la puerta de su habitacion, entra en ella figurando caer desvanecida. El Conde cierra las puertas.)

SANCHO. (Horrorizado.)
¡Qué habeis hecho, señor! ¡Muerta!

CONDE. (Con fiereza.) ¡Villano!
Si osas de Sancho murmurar tal mengua,
voy á arrancarte con mi propia mano
de la garganta vil, la torpe lengua.

SANCHO. ¡Señor!...

CONDE. En casos por mi honor medidos
cree primero á mi honor que á tus sentidos.
Vamos.

(Sancho queda á un lado humillado y sin moverse. El Conde contemplándole, dice:)

(Ap.) Su miedo la ignorancia abulta.
¡Dichoso de él que comprender no sabe
que en nobles quepa lo que en él no cabe!
(A Sancho.)
Sancho, ahora el moro.

ESCENA XII.

EL CONDE.

Y á pesar de todo
en esa horrible pócima no fio,
¡ay de mí! y á creer no me acomodo
en las protestas del traidor judío.
Perdona si te trato de ese modo,
madre, no culpes el intento mio,
y al contemplar tu suerte venidera
piensa en la suerte que por tí me espera.

ESCENA XIII.

EL CONDE é HISSEM, á quien conduce SANCHO, que se marcha á una seña del Conde.

(El Conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

CONDE. Contemplándote estoy, y á vueltas ando
¡vive Dios! con la saña que me inspiras
y el desprecio que siento por tu bando.

HISSEM. No temo tu desprecio ni tus iras.
Al árabe el horror nació contigo
como el horror á tu nacion, cristiano,
el dia en que nací nació conmigo.

CONDE. ¡Aun te atreves á hablar, traidor pagano!
¿Olvidas que me ha dicho esta mañana
en la gruta del viejo israelita

tu lengua misma tu traicion villana?
¿Que tu presencia mi furor excita,
y que el recuerdo de tu ruin ultraje
tu sangre está pidiendo á mi coraje?

HISSEM. No receles que el miedo entre en mi pecho:
contrario tuyo hasta el postrer suspiro,
cuanto osé contra tí doy por bien hecho,
ni me arrepiento ni á perdon aspiro.
¡Tú me desprecias! Yo tambien.

CONDE. Me espanta
el ver que en solo un hombre caber puede
con tan grande traicion audacia tanta.

HISSEM. Conde, á la tuya mi altivez no cede.
Nunca esperé de tí mas que ira y guerra,
no esperes mas de mí que guerra é ira:
si ira á mi grey tu corazon encierra,
ira á tu grey mi corazon respira.

CONDE. Ira noble ¡pardiez! guerra tan solo
digna de infieles cual vosotros: lucha
cobarde y baja, de traicion y dolo.

HISSEM. Propia contigo de mi raza.... escucha.
No de esa ira vulgar que al fin se acalla
sangre enemiga sin piedad vertiendo
en el ciego furor de una batalla,
no: mas ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos
cayeron al furor de tu cuchilla
en buena lid, cual nobles enemigos,
de cara á los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra,
padre, amor, amistad.... y otra esperanza
no quedándome ya sobre la tierra,
abrasóme la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto
á los reyes de Córdoba y Sevilla
de mi venganza interesé en el fruto,
y vengarles juré.... con tu mancilla.

CONDE. ¡Traidor!

HISSEM. ¡Tú me desprecias! oye ahora

cuanto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido
mirándote leal, franco y valiente,
que ha de ser á tu orgullo, he deducido
mayor venganza la que mas te afrente.
Ví que te era el honor mas que el sol caro
y al de tu madre osé: ví que dejaste
en Búrgos á tu padre sin amparo
cuando á su autoridad te rebelaste,
y á tu padre apresté sorda emboscada,
y en tí cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
castellano feroz: escarnecerte
puede el vulgo en tu madre deshonrada,
y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mia. Sacia ahora
tu sed de sangre con mi sangre mora.

CONDE. Sí haré: mas antes enseñarte quiero,
pues tu furor encomias africano,
su limpio honor para guardar entero
lo que puede el furor de un castellano.
¿Te jactas de dejar en mi linaje
un inmundo borron y en mi corona
por robar el amor de una matrona
de mi estirpe real? ¿Tamaño ultraje
piensas que quede por su parte impune
porque títulos mil en su persona
contra mi ley justísima reune?
Mientes, infiel: la gente venidera
cuando ose recordar que fué liviana,
se espantará de la venganza fiera
con que lavé mi estirpe soberana.
No: ni un testigo dejaré siquiera
que deshonre á la noble castellana,
y quedará en la sombra mas profunda
bajo otro crímen su pasion inmunda.
Mira.

(Abre el camarin y le muestra á la Condesa.)

HISSEM. (Espantado.) ¡Tu madre!

CONDE. Sí; contempla ahora
con qué sed beberé tu sangre mora.
Solo con ella mi baldon se lava;
mas no basta la tuya solamente,
africano traidor; en tí se acaba
mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá; no: esos dos reyes
que para mí te dieron credenciales
al abrigo poniendo de mis leyes
de sus embajadores los puñales,
hoy me conocerán. Perros traidores,
que el campo abandonais de las batallas
y pagais asesinos vengadores
detrás de vuestras torres y murallas:
veo que á vuestros nobles vencedores
vuestro pavor servil no hallando vallas,
apresta una venganza mas segura
envuelta en noche de traicion oscura.
No he de olvidarlo: vuestra raza entera
la mancha blanqueará de esta mancilla.
Grajos viles, que espanta mi bandera,
son los reyes de Córdoba y Sevilla:
y yo haré con sus reinos una hoguera
á cuya luz, delante de Castilla
irán como espantados jabalíes
al salvaje compás de sus *lelíes*.
Infiel tengo de ser con los infieles:
vil he de ser con quien por vil me toma:
sangre habrá: vuestros blancos alquiceles
rojos serán, y pues la guerra os doma,
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma,
y las ricas doncellas africanas,
esclavas de mis pobres castellanas.
Moro, en prenda de guerra inextinguible,
voy á mandar tu tronco y tu cabeza
á esos reyes que dieron por posible
que ahogaras tú mi vida y mi grandeza.
Yo he reservado ese licor terrible

para tí; bebe pues; y con fiereza
el cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay, sé tu verdugo.

HISSEM. No es necesario que á morir me ayude
con ira ó con piedad ningun cristiano.
(Toma la copa.)
Mientes si piensas que al asirla dude
medroso el corazon, débil la mano:
no, que aun valor al corazon me acude
para decir muriendo á un castellano:
«Ni quiero tu perdon, ni le merezco;
tu enemigo nací y aun te aborrezco.» (Bebe.)

CONDE. Digna de mejor causa es tu osadía.
Dios te la tome en cuenta. ¡Sancho!

ESCENA XIV.

EL CONDE, HISSEM y SANCHO MONTERO.

CONDE. (A Sancho.) Espera
que los ojos de ese hombre cierre al dia,
y guárdale allí dentro hasta que muera.

HISSEM. No he de tardar. A mi sepulcro guía:
me avergònzara que caer me viera,
no imaginara que en aquel momento
le imploraba perdon, falto de aliento.

ESCENA XV.

EL CONDE.

Mi deber con el mundo está ya lleno;
mas ¡ay! réstame aun mi sacrificio:
beber el cáliz de dolor ajeno,
levantarme yo mismo el suplicio.
Esta tribulacion pesa ¡oh! Dios bueno!
en la balanza de tu eterno juicio;
y espíe mi desman contra mi padre
la ofrenda colosal que hago á mi madre.
(Montero se presenta á la puerta del camarin donde metió á Hissem: el Conde al verle dice espantado:)

Sancho, ¡tan pronto!

SANCHO. De espirar acaba.

CONDE. Me horrorizo mirando si lo bebo
el desastrado fin que me esperaba.
Bien hice: en calma la conciencia llevo.
Separados están: su fe lo estaba,
y un porvenir igual darles no debo:
no, obré cristiano: sin piedad le inmolo:
baje á la eternidad, mas baje solo.
Mas concluyamos de una vez: no quiero
dejar á la mitad tan gran hazaña,
que fuera necio: ayúdame, Montero.

(El Conde y Montero sacan á la Condesa desvanecida en un sillon. La colocan en la escena, y el Conde abre el camarin en que encerró al judío.)

ESCENA XVI.

EL CONDE, LA CONDESA, SIMUEL, BENJAMIN y SANCHO.

CONDE. (Al judío.) Vamos, judío, de tu ciencia extraña.
el poder misterioso manifiesta.

SIMUEL. Paso me haced, mi mano está dispuesta.

(El judío se acerca á la Condesa, y sacando de una bolsita de piel una pequeña redoma, se la aplica al olfato. El Conde y Sancho lo contemplan con ansiedad.)

Dejadla reponer muy poco á poco;
la excitacion en su cerebro loco
de violenta impresion será funesta.

CONDE. ¡Oh, vuelve!

SIMUEL. Sí; respira; en grato sueño
reposaba, y si el tiempo que la espera
no ha de ser tan tranquilo y halagüeño...

CONDESA. ¡Ay!

CONDE. Silencio, rabino; todos fuera.

(Sancho Montero y el judío salen por la puerta del fondo. El Conde se aparta á un lado de la escena, y la Condesa empieza á volver en sí.)

ESCENA XVII.

EL CONDE y LA CONDESA.

CONDESA. ¿Dónde estoy? ¿Quién me turba mi reposo?
En deliciosa paz soñando estaba,
y ¡ay de mí! con qué sueño tan hermoso
mi apesarado espíritu gozaba.
*Sueño de luz, de calma y de ventura
*con encantada música arrullado,
*de cielo azul á la influencia pura
*por perfumadas auras oreado.
*¡Cuán odioso es volver tras este sueño
*á la verdad de la azarosa vida!
*Mas.... ¡qué recuerdo!... ¡Sí, con torvo ceño
*le sombreó vision descolorida!
*La ví á lo lejos, sí, los resplandores
*cruzar del horizonte luminoso
*fijando en mí sus ojos vengadores;
*los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.
Mas ya despareció.
(Se va á volver, y ve la mesa con las copas, etc.)
¡Cielos! ¡Qué miro!
Esa mesa.... esa copa.... (La mira.) ¡Está vacía!
Le habrá costado hasta el postrer suspiro.
Infeliz: ¡hijo mio!
(Al volverse del otro lado, encuentra á don Sancho, que la tiende los brazos.)

CONDE. ¡Madre mia!

CONDESA. ¡Sancho!

CONDE. Madre, perdon; si á tanto he osado,
en el libro de Dios estaba escrito.

CONDESA. Pero esa copa.... (Con afan.)

CONDE. La apuró el culpado;
la tumba guarda ya vuestro delito.
Mirad.
(La muestra el cuarto en que se supone que yace Hissem.)

CONDESA. ¡Gran Dios!

CONDE. El es: él, que os vendia
de torpe amor bajo el impuro velo

y á vuestra perdicion os conducia.
CONDESA. ¡Ah! ¡No lo mientes ya!
CONDE. No, madre mia.
Yo juzgo su traicion, su amor el cielo.
CONDESA. Gracias, Sancho: aunque lágrimas me cuesta,
no volverle á encontrar quiero en el mundo,
que me arrastraba su pasion funesta.
CONDE. Guardadlo en el silencio mas profundo,
madre, y romped ese padron infame
(Le da el pliego que Sancho quitó á Hissem.)
de vuestro deshonor: ya no hay ahora
quien esa prueba contra vos reclame.
CONDESA. ¡Hijo mio!
CONDE. Y oid, madre y señora,
que pronto es fuerza que el clarin me llame
para salir contra la hueste mora,
y antes de mi cariño daros quiero
la última prueba, y el adios postrero.
Si habeis manchado vuestro honor liviana,
fea fragilidad en vos ha sido,
mas carga fué de nuestra raza humana
y frágiles al mundo hemos venido.
Mas decir que una noble castellana
quiso al hijo matar de ella nacido
no ha de poder el mundo, madre mia,
mientras ayude Dios á don García.
Expuesto al vulgo su cadáver frio
á mis puertas será: tumba mentida
tendreis vos, y ese crímen será mio.
Sí, de Oña en los peñascos escondida
monasterio fundad triste y sombrío
do el funeral os rezarán en vida;
mas circunde ese santo monasterio
siniestro y espesísimo misterio.
Créale todo el mundo alucinado
como eterna señal expiatoria
sobre el sepulcro vuestro levantado
de un parricida vil torpe memoria.
Mas antes que el sepulcro, el templo alzado,

penitente vivid: mienta la historia,
y antes que vuestro honor por mí sucumba,
ábrase al mio deshonrada tumba.

CONDESA. ¡Tú! ¿tu arrostrar de mi pasion funesta
la deshonra? Jamás. Morir prefiero.

CONDE. Madre, no recordeis lo que me cuesta
tamaña abnegacion; mas yo lo quiero.
Vuestro hijo soy, mi obligacion es esta,
y obraré como cumple á un caballero:
sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,
que hijo fué para vos Sancho García.
Ni una palabra mas, madre, ni una.
Partid: gloria y honor os sacrifico,
y puede una palabra inoportuna
hacerme vacilar; que es don muy rico
el que la gloria y el honor aduna.
Montero irá con vos, os lo suplico;
y en la próxima noche, idos segura
con gente fiel y con la niebla oscura.

CONDESA. Sí, Sancho, partiré desde esta hora
á socavar mi funerario lecho
donde yacer en paz; mas que tu pecho
no me guarde rencor.

CONDE. Nunca, señora.

CONDESA. ¡Yo de mi celda en el recinto estrecho
del Dios que escucha á quien con fe le implora
atraeré sobre tí y sobre tu gente
la excelsa bendicion omnipotente.
¡Adios! (Se abrazan.)

CONDE. (Llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta.)
Id, y si os llevan algun dia
mi cadáver envuelto en mi bandera,
sobre el sangriento tronco ¡madre mia!
derramad una lágrima siquiera.
Y al grabar en mi losa «*Aquí García*,»
decid sobre ella por la vez postrera:
«Caballero murió, murió inocente.
Yo vivo aun, y el universo miente.»

ESCENA XVIII.

EL CONDE.

Como quien soy cumplí: ya estoy tranquilo.
En buen hora los siglos engañados
mi historia cuenten con airado estilo:
mi nombre y mi valor sean mirados
con horror en buen hora: no vacilo.
No es mio el crímen con que van manchados,
y ese borron que empañe mi memoria
en mi tumba será *Sol* de mi gloria.
A ella osarán con lenguas fementidas
las almas ruines al valor extrañas,
mas saldrán á dejarlas desmentidas
las legiones que dejan mis campañas
en Osma y en Sepúlveda tendidas.
Sí, yo cuento mis dias por hazañas,
y descender á mi sepulcro puedo
á desleal posteridad sin miedo.
¡Sancho! (Llamando.)

ESCENA XIX.

EL CONDE y SANCHO MONTERO.

SANCHO. ¡Señor!
CONDE. ¡Mi lanza y mi caballo!
Mi fortuna á arrostrar con alma entera
y á morir con honor pronto me hallo.
Sea paño á mi tumba mi bandera,
y al echar sobre mí su injusto fallo,
diga por fin le gente venidera:
«Con tan gran corazon, ser no podia
un malvado tan vil Sancho García.»
(Sale el Conde. Montero le sigue.—Cae el telon.)

FIN DE LA COMPOSICION.

n del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
e la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
ro.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
—Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
-Géneros ultramarinos.
a el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
-Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
pacífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
Honra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
Hija de Fernan Gil.
ovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
tud.—Ya murió Napoleon.
o II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
ia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
ra en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
es de carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
oca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
sa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
anuza.—Luis y Luisito.
Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
de la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
el Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
estraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
empleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
s de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
—Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
-Mujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
-Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
as vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
mor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
r cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
ra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
o el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
dres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
n.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
y Carranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
hesa, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
.—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
e.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
r no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
-Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
ncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
mor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
va trufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
llete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
-Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
n.—Rivera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
as.—Roberto D'Arteveldc.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
ª parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
iginales.
—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
egunda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Si-
canegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofro-
laces de un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si
cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela.*—Santiaguillo, *zarzuela.*—Sueños d
Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don
Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Tom
Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Jua
za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor o la muerte.—
vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caball
ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar co
celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Ver
apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Vi
Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la c

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de camp
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secret
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventu
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de ta
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perl
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenoló
no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un galleg
sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 44.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaro
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 44.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, c
Carretas.

Y en Provincias en las principales.